

ETNOGRAFÍAS DESDE EL SEXO Y EL EXOTISMO:

Reflexiones de un marica biracial en dark rooms

Trabajo de Grado

ALEXÁNDER ALEGRÍA LOZADA

Directora:

VIVIAM STELLA UNÁS CAMELO

UNIVERSIDAD ICESI

FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

PROGRAMA DE SOCIOLOGÍA

SANTIAGO DE CALI

2019

A mi madre

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas. Muchas. Tengo que empezar agradeciendo a mi madre. Por su paciencia, su calma, a veces, y por su esfuerzo para entender tanto. A mi tutora, la profesora Viviam Unás. Por su ritmo y por el mío, por su tiempo y por correr conmigo. Por insistir y por dejarme a insistir a mí. Fue un honor ser dirigido por una persona a quien además admiro. A la profesora Aurora Vergara, por la espera, por las invitaciones al semillero, por aceptar mis rechazos a este, por el tiempo, por sus asesorías y por la bibliografía.

Al profesor Jose Antonio Langarita, quien, sin ser mi tutor oficial, tomo tiempo para atenderme presencialmente y por Skype siempre que lo necesité. Por sus consejos, el material bibliográfico y las recomendaciones metodológicas. Por investigar para resistir. Al profesor Oscar Guasch por su disposición. A mis informantes: los de Cali para empezar a entender y los de Barcelona para darles voz. Muchas gracias, no me cansaré de agradecerles.

No puedo dejar de agradecer al Semillero de Estudios Afrodiaspóricos, por permitirme reflexionar con ustedes. A la antropóloga Laura Vanin, a la politóloga Natalia Domínguez, y al antropólogo Juan Sebastián Barrios, gracias por abrir *The Black Forum*, por leerme quienes lo hicieron y por compartir sus experiencias más íntimas, por hacer un espacio seguro para descubrirnos.

A mi amigo, Ton Augé. Gracias por su imprudencia al actuar. Tené cuidado Toni, pero gracias. A mi amiga Daniela Ortiz y a mi amigo Cesar Chávez, por ayudarme a elaborar ideas cada que lo necesité. A mi amiga Ana Fernanda Agudelo, por mandarme el artículo sobre dark rooms sin el cual esta investigación quizá no hubiera iniciado.

A todos y todas quienes estuvieron pendientes. Algunos nombres se me escapan, otros no caben, pero gracias por su largo aliento.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO UNO: ARQUITECTURA, OSCURIDAD Y SEXO

- 1.1. Lo excitante y deplorable
- 1.2. Sobre los dark rooms
- 1.3. Gaixample
- 1.4. Los espacios
 - 1.4.1. *Lowdark Place*
 - 1.4.2. *Halfdark Place*
 - 1.4.3. *Dark Place*
- 1.5. Imaginación y anonimato

CAPÍTULO DOS: LOS DIARIOS

- 2.1. Diario de un blanqueado
- 2.2. Diario de un exótico
- 2.3. Diario de un exotizado
- 2.4. Diario de un etnógrafo exotizado
- 2.5. Exótico, pero...
- 2.6. Lo no explorado

CAPÍTULO TRES: POR UN AVANCE EN LO *INDIGNO*.

- 3.1. Sobre lo *indigno*
- 3.2. ¿Qué son los dark rooms?
- 3.3. Sobre la socialidad
- 3.4. La categoría
- 3.5. Más allá –o más acá– de la *homosocialidad subterránea*

CONCLUSIONES

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ANEXOS

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura No. 1. Caracterización de los dark rooms

Figura No. 2. Mapa del *Lowdark Place*.

Figura No. 3. Mapa del *Halfdark Place*.

Figura No. 4. Mapa del *Dark Place*.

INTRODUCCIÓN

Llegué a Barcelona a mediados del 2017 con la pretensión de estudiar los dark rooms. Los dark rooms, o cuartos oscuros, son lugares diseñados para que los hombres puedan tener sexo de forma anónima. Mi intención, era dar cuenta sobre lo dark rooms que hacen parte de discotecas y/o bares. Desde una etnografía y algunas entrevistas procuraba describir las prácticas, rituales y tipos de interacciones que los hombres tienen allí. La idea era entender cómo se configura la homosocialidad en estos hombres. Y lo hice. Pero me di cuenta de más.

Me di cuenta que no soy blanco y me di cuenta que eso iba a cambiar definitivamente la investigación.

El primer capítulo del presente documento, da cuenta sobre lo que es el *cruising*, la práctica de tener sexo anónimo entre hombres. Pero aquí se estudia específicamente, el cruising que se da en el dark room mediado por el diseño arquitectónico y el nivel de oscuridad de cada lugar.

Ahora bien, en el segundo capítulo se examina cómo me doy cuenta de que no soy blanco, no sin antes explicar las maneras en que somos blanqueados los *cuerpos frontera* (Vergara 2019). Los cuerpos frontera son cuerpos que emergen en los cruces de dos familias étnicas diferentes y que suponen un problema, porque no se pueden clasificar con facilidad en una jerarquía étnico-racial.

Finalmente, la reflexión que sigue para el último capítulo, pretende cuestionar el papel de los dark rooms en el mundo homosexual. Se muestra *qué* son y se ofrece un ligero balance sobre el impacto positivo y negativo de los mismos.

CAPITULO UNO

ARQUITECTURA, OSCURIDAD Y SEXO

“Ya estoy listo para contarte cuántas pollas me he comido...” (Extraído de las entrevistas)

“El problema que plantea el culo es que todo el mundo tiene uno (...) No hay operaciones de extirpación del culo”

(Sáez y Carrascosa, 2014: 119)

Al fin un rincón, al fin él y yo, y los demás, obvio, aunque en sus propios rincones. La logística nos dio solo para tener sexo oral y sí que se nos complicó al principio. No dejábamos de ponernos nerviosos con los encendedores y las linternas de celulares que solo nos hacían pensar que se trataba de flashes de cámaras. Es una situación en la que te sentís íntimo con el otro sin estarlo, porque cualquiera puede romper esa intimidad. La gente se te acerca y se quieren unir o solo mirar. Estamos en un museo¹ y nosotros somos... ¿“Guernica” de Picasso?, ¿“El niño de Vallecas” de Botero? No es un museo erótico, tampoco sexual, no somos un performance. Somos el museo intersticial: cuando empezás a apreciar la obra, esta desaparece. O cambia. O te absorbe. O te rechaza. O te volvéis parte de otra obra.

(Nota de mi diario de campo: 5 de octubre del 2017).

Escribir sobre sexo siempre ha sido un problema en la academia. Me refiero a escribir, literalmente. Investigar también, pero vamos por partes. Desde las ciencias sociales la cuestión sexual ha sido recientemente abordada como objeto de estudio, por lo que a menudo

¹ La idea de museo es una analogía ligera. Es claro que por más alternativo que pueda ser un museo, nunca pondrá en exhibición a dos maricas a follar a oscuras. Creo.

se escribe desde categorías higienizadas y prestadas generalmente desde la biología o la medicina.

Después del pequeño escándalo que se pudo haber llevado quien haya leído las primeras líneas, porque seguramente alguien se escandalizó, es necesario advertir que puede que se lleve algunos más. Mi propósito aquí no es escandalizar. Aunque de hecho hay autores que proponen adoptar un lenguaje más “crudo” como posición política: (Sáez y Carrascosa, 2014), lo cual debo admitir estuve tentado a hacer. Pero mi propósito tampoco es higienizar o neutralizar las prácticas y categorías sexuales, como se hace desde otras disciplinas.

Uno de los objetos más importantes de la sociología del conocimiento sería la jerarquía de los objetos de investigación: uno de los medios por los cuales se ejercen las censuras sociales es precisamente esta jerarquía de los objetos que se consideran dignos o indignos de estudio (...) Pienso que este preámbulo no es inútil, porque si algo quiero comunicar (...) es precisamente la idea de que el estudio científico de los objetos indignos produce ganancias científicas.” (Bourdieu citando en García, 2004: 27)

Volvamos a lo del lenguaje con un ejemplo más específico. Hablar de interacciones homoeróticas entre hombres es con frecuencia difícil. Esto porque no existen muchas categorías que engloben con precisión a los hombres que llevan a cabo dichas interacciones. Referirse a ellos como homosexuales o gais, es suponer mucho sobre estos individuos, ya que hay quienes no se identifican a sí mismos como tal. El sexo homosexual no es solo ejercido por homosexuales, “especialmente si se considera la sexualidad como algo más que el contacto corporal genital y reproductivo” (Chodorow citado en Gutmann, 1995).

La fácil sería entonces referirse a ellos como hombres que tienen sexo con otros hombres. Pero esta categoría no solo es limitada sino también problemática. *Hombres que tienen sexo con otros hombres* o *HSH* es “una categoría construida desde la vigilancia epidemiológica que pone el foco de atención prioritario en la vía o mecanismo de transmisión, elevándolos a categorías identitarias” (Grau-Muñoz et al., 2015: 2304).

Para quien aún no se convenza, ahondemos un poco más. El artículo *Los cuartos oscuros y los hombres que tienen sexo con hombres: haciendo visible lo invisible* (2015), escrito por Cardozo-Cruz y Ramírez-Pereira, usa *HSH* como una de sus categorías principales. Este artículo fue publicado por una revista de salud pública, así que la carga moral que puedan tener algunas afirmaciones no debería extrañar. Pero para querer “hacer visible lo invisible”, el abordaje es bastante denigrante. Su metodología tuvo como base 8 entrevistas a “hombres que tienen sexo con otros hombres” para explorar las representaciones sociales que ellos tienen sobre los cuartos oscuros² en Santiago de Chile.

Se describe al cuarto oscuro como un espacio “que todo lo permite” y a las prácticas sexuales como prácticas “carentes de afectos y [que] solo pretenden satisfacer un impulso sexual.” (893). Primero, qué falta de precisión al explicar qué sucede en los dark rooms como lugares diseñados para el encuentro sexual anónimo; y, además, qué necesidad de *linkear* el amor con el sexo.

Pero vamos un poco más allá de la carga moral. El artículo no tiene cuidado en generalizaciones del tipo: “incluso se reconoce el impacto que el uso de estos lugares puede tener sobre la salud de las mujeres” (Cardozo-Cruz y Ramírez-Pereira, 2015: 891). Estas

² Se ahondará más sobre los *cuartos oscuros* o *dark rooms* en las siguientes páginas.

afirmaciones ni siquiera vienen acompañadas de datos que determinen qué porcentaje de esos hombres potencialmente podrían contagiar mujeres, contribuyendo así a la estigmatización del sexo homosexual.

Finalmente, de las 8 referencias bibliográficas que tiene este artículo 4 van sobre metodología, 3 sobre temas relacionados con salud, una sobre ética y la última sobre la categoría HSH en relación con el VIH. Sin bibliografía de los dark rooms, del sexo anónimo entre hombres o de la homofobia. No hay más que decir aquí sobre el artículo, aunque sí sobre su enfoque salubrista.

Por otro lado, el artículo *Cruising y e-citas: un nuevo contexto para los encuentros sexuales entre hombres jóvenes que tiene sexo con otros hombres* (2015), escrito por Grau-Muñoz et al., y que también hace parte de una revista de salud pública, reconoce las limitaciones epidemiológicas en términos investigativos y se enfoca en estudiar la relación de las tecnologías, los HSH y el contagio del VIH. Aunque la carga moral en sus afirmaciones es bastante menor, en términos bibliográficos no mejora. De las 26 referencias que tienen 14 se relacionan con temas de epidemiología, 4 sobre comportamiento sexual –de estas solo 2 se enfocan en comportamiento sexual entre hombres–, una tiene que ver con tecnología y 6 sobre metodología. La cuestión aquí es evidente otra vez.

Mi problema por ahora no es con la categoría, tampoco con los artículos mencionados precedentemente –aunque bueno, claro que me irritan–. Mi problema es con el enfoque salubrista que se le da a la categoría HSH y en general a los estudios de sexo homosexual, eso sí que es para escandalizarse ¿Qué busca la salud pública cuando estudia las relaciones sexuales homosexuales? No es muy difícil tener en cuenta otras variables en términos de

salud pública al estudiarnos, no es muy difícil dejar de relacionar sexo homosexual únicamente con VIH.

Reece & Dodge (2004), por ejemplo, estudian la incidencia del sexo anónimo entre hombres, en la salud de una población en el campus de un College en Estados Unidos. Además de dejar de pensar el VIH como el único virus de contagio, los autores hacen un análisis completo de salud pública, dando cuenta de los aspectos positivos y negativos del sexo anónimo en tres dimensiones de la salud: salud física, bienestar mental y bienestar social.

También vale la pena rescatar artículos que usan la categoría HSH desde otras orillas de conocimiento. En *Cruzando los umbrales del secreto: Acercamiento a una sociología de la sexualidad*, García (2004) propone un análisis de la oferta estilística de las Casas de Baños para Hombres o CBH en Bogotá. El autor se acerca desde la historia de las saunas, reconstruye la historia de las CBH en Bogotá, menciona elementos importantes para estudiar a los hombres que las frecuenta y después empieza a tipologizar la oferta existente. Durante el trabajo, García explica por qué usa la categoría *hombres que se apasionan por otros hombres*. El autor problematiza esa categoría y explica que le es útil en tanto no deja por fuera la diversidad de hombres en el estudio. También explica la acepción desde la que entenderá la categoría, entendiendo *pasión* desde Giddens (84).

Por lo anterior y por lo escandalizado que estoy, puede que en el presente trabajo se encuentren testimonios bastante viscerales y, a menudo, usaré expresiones no académicas. Bien sea para describir ciertas prácticas, emociones o situaciones. Esto no pasa por un sensacionalismo.

Y vuelvo, yo no critico el lenguaje “crudo”, yo lo celebro como una forma de resistencia. Toda esta aclaración es necesario para quienes se puedan encontrar con este tipo de lenguaje y lo consideren sensacionalista. Ahora, sin duda, pueden saber por cuales estudios escandalizarse.

1.1. Lo excitante y deplorable

Empezar a hablar de sexo es, en buena parte, hablar de cómo este ha sido reglamentado. Se podría sugerir lo conveniente que sería abordar este tema desde los movimientos de liberación, pero no hay liberación sin opresión. Desde la biología y la heteronormatividad se han dictado unas maneras, actores y fines para el sexo. Por esto, hablar de cualquier práctica sexual que no sea heterosexual, es empezar a escudriñar sobre sus formas de opresión, “escribir sobre sexo es escribir sobre control social” (Guasch, 1993: 107).

El control es evidente en el mero espacio urbano, este “(...) es vivido por gais y lesbianas como un lugar profundamente heterosexual” (Langerita citando a Hubbard, 2015: 101). El espacio público es ya un problema. Y ni hablar del privado. Y ni hablar del sexo. Bueno sí, hablemos de sexo. Pero no de cualquier sexo. A continuación, hablaremos del sexo anónimo entre hombres, un tipo de sexo que tiene lugar en espacios que se mueven en el péndulo entre lo público y lo privado. Vamos por partes.

Hay algo excitante y deplorable en follar de noche en un parque al lado de los botes de basura, en citarse por internet en la casa de alguien para un rapidito y no saber si te va a robar, en entrar a un lavabo buscando complicidad con temor a equivocarse, en chuparla en un zona de construcción a media noche mientras se acerca alguien, sin saber si les va a golpear o se quiere

unir, en entrar a un *dark room* y dejarse llevar por las manos mientras se folla con la oscuridad, mientras se folla con quién sabe quién. Siempre con quién sabe quién. A lo mejor ya lo has visto antes, o no. A lo mejor ya has follado con él antes pero no te acordás, a lo mejor te encontrás con el mejor polvo del año o tenés que correr por tu vida.

Además, cualquiera puede llegar para unirse, para espantarte, para agredirte, para arrestarte, para robarte. Es excitante y deplorable. Pero no es tan simple, existen códigos: miradas, movimientos, silencios y momentos. Existen hombres: heterosexuales, homosexuales, bisexuales, trans, casados, solteros, negros, blancos, migrantes, refugiados, expatriados, privilegiados, queer, pasivos, activos, versátiles, viejos, jóvenes, ricos y pobres. Existen peligros. Existen estrategias. Cada espacio trae sus vicisitudes. Cada espacio implica un público, unas realidades y unas intimidades.

Esto es el *cruising*, una práctica que consiste en tener sexo con hombres de manera anónima en espacios entre públicos y privados. Pero es necesario advertir que el *cruising* “se refiere no solo a la actividad sexual (...) sino también a los rituales y comportamientos que ocurren antes, durante y después del acto sexual entre hombres” (Reece y Dodge, 2008: 114).

Puede darse en una playa, un bosque, un cuarto oscuro, la esquina de la calle, cerca al río, al muelle, un baño público, el parqueadero. “Los lugares de cruising a menudo emergen en espacios que son los suficientemente públicos para permitir un constante flujo de compañeros sexuales potenciales, pero lo suficientemente privados para facilitar una variedad de comportamientos sexuales.” (Reece y Dodge, 2008: 113).

El cruising tiene un lenguaje particular. Un lenguaje que no usa la comunicación verbal. Es un lenguaje corporal que mantiene el anonimato inscribiéndose en el silencio:

El silencio resulta más cómodo para el intercambio sexual anónimo, se trata de una regla de conducta que no obliga a inventar historias ni a hacer esfuerzos para caer bien a las parejas sexuales, no hay que invitar a copas a nadie, ni perder demasiado tiempo en la interacción para saber si se obtendrá el resultado esperado. (Langarita, 2013: 322)

Antes, volvamos un momento. El sexo homosexual ha sido controlado desde diferentes doctrinas y disciplinas a lo largo de la historia. Basándonos en el recorrido que ofrece Guasch (1993), podríamos, de manera bastante apresurada para efectos de este contexto, esbozar una ruta de cómo y desde dónde se ha ejercido el control. La religión fue la primera: cómo, dónde, por qué y con quién. El sexo debía tenerse en el matrimonio y para la reproducción, ese era el mandato divino. Obviamente los maricas no encajábamos ahí porque ni casados ni aptos para reproducirnos. A nosotros nos controlaban desde el pecado, éramos los sodomitas, unos pecadores *contra natura*.

Llegada la ilustración, en el siglo XIX, algunas cuestiones se removieron y, con el discurso científico, la idea de la objetividad, y la exactitud que aparentan las mediciones, la medicina logra consolidarse como una nueva forma de control social. Lo normal ahora es el sexo para la reproducción. Nosotros seguíamos yendo en otra dirección que no era ni reproductiva ni heterosexual. Ahora se nos persigue bajo el nombre de disidentes. Cualquier práctica sexual que no tuviera por objetivo la reproducción lo era.

Para el Siglo XX surge la Sexología, una ciencia alimentada por las teorías de la salud y las ideas conductuales que ahora tienen como objeto de estudio el orgasmo. En este escenario se libera el sexo de su función teleológica. El panorama para nosotros se muestra un poco menos peor, pero no tan optimista: la sexología no se encargó del sexo homosexual. Nunca se nos dejó de condenar. Para 1948 se propuso el primer estudio del sexo desde la Ciencias Sociales: “*El*

comportamiento Sexual del Hombre” por Kinsey. Y en 1969, después de los *disturbios de Stonewall*, se consolida formalmente el Movimiento de liberación LGBTI en Nueva York. Para el 70’ se organiza la primera marcha del orgullo gay en la misma ciudad.

Este rato un poco menos amargo, pero igual amargo, se ve opacado con la llegada del Sida y el VIH. En 1981 se publica “*Rare Cancer seen in 41 Homosexuals*”, un artículo que reportó los primeros casos de la enfermedad en Nueva York y San Francisco, aunque al parecer en Copenhague ya se habían registrado síntomas similares (Langarita, 2015: 204). Para el mundo los homosexuales éramos los únicos posibles portadores del VIH, de hecho, se le llegó a denominar como el “cáncer gay”.

En medio de esta coyuntura, en tiempos un poco más libres, pero con una idea de sexo peligroso, emerge el concepto de *sexo seguro*, aunque con ciertas contradicciones. Desde el sexo seguro se deja de recomendar la penetración para reducir el riesgo, pero las campañas de prevención no abandonan el coitocentrismo y se centran en explicar cómo llevar a cabo la penetración sin contagio.

Desde luego la historia tiene muchas más aristas. Pero como se ve, hemos sido sodomitas, disidentes y también sidosos. Todas estas han sido denominaciones que la homofobia, avalada por alguna esfera de poder, logró imprimir en nosotros. No es de extrañarse que aún nos escondamos, que busquemos lugares y códigos seguros. Desde aquí se puede señalar un punto de partida para indicar la emergencia del *cruising*:

La práctica del sexo anónimo entre hombres es fundamentalmente el producto de tres factores: primero, la expansión urbana que permite encuentros entre extraños en grandes ciudades; segundo, una respuesta a la persecución del comportamiento homosexual; y

finalmente, una respuesta a la criminalización de múltiples relaciones sexuales que van más allá de la lógica del sexo entre parejas y con amor (Langarita, 2017: 7).

Como se mencionó antes, esta práctica requiere de un ritual, unas normas y unas estrategias, lo que implica que los gais nos movemos “entre el temor de ser descubierto, desenmascarado y el deseo de ser reconocido por los otros homosexuales.” (García citando a Bourdieu, 2004: 61). Es deplorable y excitante.

1.2. Sobre los *dark rooms*

El cruising del que nos ocuparemos en este trabajo ocurre en *dark rooms*. Los dark rooms o cuartos oscuros, son espacios con poca o ninguna iluminación diseñados para que los hombres tengan sexo dentro de ellos. Estos espacios pueden ser establecimientos comerciales cuyo único fin lucrativo sea cobrar la entrada y/o membresía del dark room, o bien pueden ser bares, discotecas o sex-shops que, además, cuentan con un dark room, es decir, que su fin lucrativo no depende exclusivamente del cuarto oscuro.

Las zonas de cruising son múltiples y, por lo general, emergen en lugares que no son específicamente diseñados para el sexo. “En ningún proyecto del departamento de parques y jardines de ningún ayuntamiento, se plantea la necesidad de disponer de emplazamiento para que los maricones podamos follar a gusto, sino que se establecen mecanismo que intentan regular, acotar y dificultar este tipo de prácticas.” (Langarita, 2015: 102).

Ahora bien, los dark room sí están diseñados para esto. Siguen siendo lugares entre públicos y privados, pero esto pasa por su mismo diseño. Cada dark room es particular: puede ser una sala,

un pasillo largo con algunos pasadizos o un hueco aislado con unos paneles dentro de una discoteca.

El trabajo de campo del que se hablara a continuación tuvo lugar en tres dark rooms ubicados dentro de bares y discotecas. Esto supone que las interacciones que ocurren dentro del establecimiento no tienen lugar únicamente en el cuarto oscuro. Puede haber algunas interacciones sexuales que empiecen en otro lugar de la discoteca/bar y desenlacen en el dark room. Y es que en muchos casos la pista de baile o la barra del bar, funcionan como una

(...) vitrina donde las personas pueden mostrarse utilizando su look, sus cuerpos y los pasos de baile como mecanismos para atraer y encontrar parejas. Mientras en la pista es importante observar a ese otro en quien se deposita el deseo, en el dark room la pegação³ queda "en las manos" de la oscuridad. (Díaz-Benítez, 2007: 102).

Sin embargo, en la pista de baile o la barra también tienen lugar interacciones que no son eróticas pero que terminan alterando las formas en que las personas se relacionan con el dark room: qué se hace o se deja de hacer, el tiempo de permanencia y hasta decidir entrar solos o acompañados, como afirman algunos entrevistados:

Esa también es la cosa, están tus amigos en la discoteca. O sea, a ver yo me tomo un rapidito de 5 minutos, me como una pollita y vuelvo a bailar, ¿entiendes? Pero no me quedaré ahí 20 minutos en la soledad oscura. (Extraído de las entrevistas)

³ La autora explica en otro texto que este concepto es usado "para designar una práctica sexual efímera, anónima y consentida entre hombres, realizada en espacios simbólicamente demarcados en las ciudades como clubes de sexo, cines, saunas, parques, playas, baños públicos de shopping centers, discotecas o estaciones de tren." (Díaz-Benítez, 2013: 16)

(...) pero como paseando, ¿no? Aquí en Europa es bastante normal que hay un bar y que hay un dark room al lado, probablemente 30, 40, 50 veces he entrado. Pasando, no diciendo “bueno voy exactamente a ese lugar porque sé que hay un dark room ahí

(Extraído de las entrevistas)

Yo no voy al dark room, yo voy al Dark place⁴. Y ahí depende de la fiesta, si la fiesta va mal, digamos has sido la única persona que no has encontrado polvo, pues... desesperación total. No en un mal sentido, pero ¿sí me entiendes? Si no ligo en la luz, será en la oscuridad...

(Extraído de las entrevistas)

Nótese además que estamos hablando de establecimientos comerciales, lo que implica el cobro de un cover o un consumo mínimo. Aquí el primer filtro: acceso a recursos. Contrario a lo que vi en mis clases de Marketing⁵ no todos los maricas tenemos dinero. Lo que aseguraban mis profes es que el nicho LGBTI ha resultado atractivo en los últimos años porque la industria se ha dado cuenta de que “somos una minoría con un alto nivel adquisitivo”. O sea, toda la comunidad LGBTI tiene plata. Desafortunadamente no es así.

Esta premisa no solo homogeneiza a una minoría en particular, sino que, además, hace que la industria produzca productos y/o servicios para personas con un alto nivel adquisitivo. Lo que deja por fuera a las personas que hacen parte de la minoría y no tienen tal acceso a recursos.

⁴ Este es el seudónimo de uno de los establecimientos que el entrevistado está describiendo y en el que yo hago trabajo de campo. Se cambian todos los nombres de los lugares para proteger su identidad comercial.

⁵ También estudio mercadeo internacional y publicidad.

“*Rainbow is the new black*” fue el eslogan que escogió Netflix para promocionar su serie *Orange is the new Black* en varias ciudades europeas en el 2016. A manera de protesta se empezó a tachar la palabra “*Black*” para poner sobre ella “*Marketing*”: “*Rainbow is the new Marketing*” era la nueva consigna. Sí, quizá el marketing ha promovido cierta inclusión en lo que respecta a la población LGBTI, pero ¿a quienes está realmente incluyendo?

Los establecimientos que cuentan con espacios para encuentros anónimos entre hombres, como los dark rooms, implican un filtro de clase. No cualquiera puede entrar si no cuenta con los recursos requeridos. En este sentido:

(...) ese anonimato que se presupone en las zonas de cruising es un anonimato relativo, ya que, al fin y al cabo, en cada lugar existe un grupo de la población participante con algunas particularidades sociales que determinan la medida en la que se convierte en un espacio de legitimidad sexual para los sujetos que deciden participar en él (...) los usuarios se dirigen a las zonas de cruising para encontrar a otros hombres que les resulten conocidos, aunque desconozcan sus nombres. (Langarita, 2015: 179 – 180).

1.3. Gaixample

Llegué a Barcelona en el 2017. Por azares de la vida y de mi buena suerte terminé viviendo una calle arriba del barrio gay: el *Gaixample*. Vivir aquí fue un choque para mí durante los primeros meses. Encontré un vicio: caminar a las 3 de la mañana por todas las calles de la zona. Al principio todos los días, luego día de por medio. Después, encontré también cierto placer en abandonar esos ademanes masculinizados con los que fui socializado. Tenía la necesidad de exagerar un poco mi feminidad, al caminar, al hablar, al mirar, al respirar, al vivir.

Lo primero era para reafirmarme constantemente que estaba en un lugar seguro, que podía tener mis audífonos a la hora que fuera y no tener miedo. Era una especie de adicción por tentar una inseguridad que no estaba como siempre la he vivido en el contexto colombiano⁶. Lo segundo para, después de sentirme seguro como peatón, sentirme seguro como marica. Es un sentimiento supremamente liberador y placentero que pasa por el descubrir esa sensación de seguridad constante como algo realmente posible.

Ahora bien, el Gaixample es un rectángulo dentro de la Eixample que contiene bares, discotecas, restaurantes, ópticas, librerías, tiendas de ropa, barberías, todo lo que vos te podás imaginar con una bandera gay. Limita a la izquierda con Comte d'Urgell, arriba con Aragó, a la derecha con Balmes y abajo con la Gran Vía⁷, aunque en la percepción de algunos entrevistados se extiende una o dos calle más. Se trata de un barrio bastante gentrificado que se vuelve un foco residencial para la población homosexual con ingresos medios-altos. Pero, además, la oferta comercial gay se instala aquí, no solo por los residentes, sino porque la zona se vuelve un referente importante en una de las ciudades más *gayfriendly* del mundo⁸.

Solo para ejercicio de la investigación, abro *Grindr* para usarlo como un Barómetro gay. Esta App me permite ver usuarios que están online con base en su geolocalización, es decir, mostrando desde quién está más cerca hasta quién está más lejos con un límite de perfiles a visualizar porque no tengo la versión paga. Me conecto en Universitat, me muestra 150 perfiles, entre mujeres trans, personas queer y hombres conectados. El perfil más lejos está a 172 metros. Ponéle entonces que en un radio de 172 metros hay al menos 150 perfiles online

⁶ Pese a que la tasa de delitos en Barcelona se ha incrementado, esta se encuentra en el puesto número 13 en el ranking de ciudades más seguras del mundo para el 2017. En el otro extremo, Cali fue calificada como una de las ciudades más violentas del mundo para el 2016. Para ampliar la información consultar el portal de *The Economist*.

⁷ Referencia tomada de la guía "LGBTI Barcelona the official gay map" diseñada por Visit Gay Barcelona.

⁸ Esta información se puede encontrar en diversas guías de viajes y alojamiento spotahome, tripadvisor, entre otras.

en la App, buscando encontrarse con alguien para un trago, salir de fiesta, para un polvo o lo que sea. Sí que es cierto que, por la arquitectura de Barcelona, que son mayoritariamente edificios residenciales se ven más personas, porque la App mide la distancia de manera horizontal. Pero, aunque estén en el piso 7 o el entresuelo o en la calle a mi lado, 150 en un radio de 172 metros, son muchas personas conectadas. Y esto sin pensar en quienes no usan la aplicación. Gaixample is on fire.

(Notas de mi diario de campo, 18 de mayo de 2018).

El Gaixample es entonces una concentración:

Es una concentración, la gente se concentra aquí. Es más, cuando vas a vivir... el gay que se viene a vivir a Barcelona intenta vivir en la Gaixample, porque es donde estamos todos, donde están los lugares, donde bajas y encuentras gente en un bar (...)

(Extraído de las entrevistas)

Pero esta concentración se intensifica en la noche. Justo el mismo momento en el que abren los dark rooms en cuestión. Retomo entonces: los tres establecimientos a investigar son bares y/o discotecas que además tienen dark rooms dentro de su oferta comercial. El criterio de selección de estos lugares fue: que estos tres lugares estuvieran ubicados dentro del Gaixample; que la arquitectura de los dark rooms fuera diferente entre sí; y así mismo la oscuridad.

El criterio de ubicación lo pensé en aras de aprovechar esa concentración de maricas en una zona específica de la ciudad; la diferencia en la arquitectura de los dark rooms fue fundamental para comparar las distintas estrategias que diseñan los hombres en función del espacio; y la diferencia en la oscuridad fue importante para considerar qué tipo de prácticas e interacciones se llevan a cabo según los niveles de visibilidad.

1.4. Los espacios

(...) dejar hablar a los objetos (espacios) sobre esas personas; que sean ellos mismos los que reflejen una forma de ser asumidos. Pero es también, ver cómo los espacios estructuran y determinan los comportamientos. Es interrogar a los espacios; pedirles que nos reconstruyan experiencias, situaciones. Es convertir o trabajar con el espacio como si fuera un documento visual donde está impresa toda una realidad e inscrita la vida de todas las personas que los visitan. Es “leerlos” para que hablen de la intimidad de los sujetos que los frecuentan”

(Salazar citado en García, 2004: 32).

Los dark rooms escogidos para este estudio son el *Lowdark place*, el *Halfdark place* y el *Dark place*. Usaré estos seudónimos y omitiré algunos detalles para proteger, no solo el nombre comercial de los lugares, sino también la identidad de los hombres que los frecuentan.

Cada uno de estos espacios permite unas acciones, unas maneras de interactuar y de aprovechar la estructura, unas formas de ocultar la propia identidad y revelar la de los otros, de atraer hombres y de deshacerse de ellos, de usar los códigos y romperlos. Cada espacio propone unas narrativas, unas maneras de vivir la noche y de protegerse, o no hacerlo. Cada espacio además propone unas maneras de follar⁹.

⁹ Follar no debe limitarse al sexo anal u oral. Follar es muchas cosas. En el capítulo siguiente se aborda esta cuestión mientras se discute sobre el propósito de la *Sociología de la sexualidad*.

Dark room	Criterios	Nivel de oscuridad	Complejidad arquitectónica	Precio ¹⁰	Condiciones de salubridad	Acceso a condones y lubricante	Control dentro del lugar ¹¹	Advertencia sobre ETS
Lowdark Place		Bajo	Alta	Bajo	Buenas	Condomes	Sí	No explícita. Invita a usar los condones que proporciona.
Halfdark Place		Medio	Media	Alto	Regulares	Ninguno	No	No
Dark Place		Alto	Baja	Medio ¹²	Nulas	Ninguno	No	No

Figura No. 1 Caracterización de los dark rooms

Los seudónimos de los dark rooms se basan en el nivel de oscuridad que presentan. Así el *Lowdark place*, tiene poca oscuridad, el *Halfdark place* tiene un nivel medio y el *Dark place* es casi totalmente oscuro.

Antes de continuar, vale la pena rescatar un hallazgo importante que se convirtió en un criterio involuntario de clasificación. En los tres dark rooms escogidos se encontró una relación inversamente proporcional entre el nivel de oscuridad y la complejidad arquitectónica. Es decir, a mayor oscuridad, menor complejidad arquitectónica y a menor oscuridad mayor complejidad arquitectónica. Este hallazgo nos funciona para entender cómo los establecimientos aprovechan la oscuridad para invertir menos en la producción del espacio. Pero, además, permite analizar los modos en que los hombres utilizan estratégicamente la oscuridad o el espacio o ambos, para llevar a cabo actos sexuales y no-sexuales.

¹⁰ Se fija esta escala basada en un precio pivote. Es decir, se escoge el precio más bajo de los tres para afirmar que los que le siguen son “alto” o “medio”.

¹¹ Por *Control dentro lugar* se entiende la vigilancia y el aseo que hace el personal del establecimiento en el dark room a media que pasa la noche.

¹² El precio depende del día. Los fines de semana son los días con mayor afluencia. Además de esto, hay unos acuerdos con otros bares, por consumir se obtiene la entrada gratis en el *Dark Place*.

Como ya se ha enunciado, el cruising se conforma por una serie de rituales de interacción complejos que traen consigo modos de comunicación dentro del espacio. Sin embargo, es necesario destacar que:

Resulta complicado hacer una descripción integral del ritual de interacción que se produce en las zonas de cruising que recoja todas las posibles significaciones ya que, a pesar de la existencia de unos símbolos compartidos, las excepcionalidades de cada negociación la hacen particular. (Langarita, 2015: 144).

Una última anotación. Si bien se ha advertido que el silencio es una regla general de las zonas de cruising, para los dark rooms la regla del silencio es flexible en cuanto a los gemidos y demás sonidos que no pretenden iniciar un diálogo con palabras.

A continuación, se presenta un análisis derivado de una etnografía que, no solo tiene en cuenta la complejidad del ritual en el sexo anónimo, sino que pone su foco en las prácticas e interacciones que llevan a cabo los usuarios a partir de la oscuridad y el espacio. Como se mencionó antes, esto desemboca en el desarrollo de estrategias para conseguir sexo y otras cosas más.

1.4.1. *Lowdark place*

– Estoy flipando con esta mierda de tele”, replica el tipo de al lado. Y pensé que yo era el único, el porno que ponen en el bar es pésimo. Vamos desde un tipo que tiene una máscara de chimpancé mientras le mete un banano por el culo a otro y luego se lo come estando dentro, hasta el tipo que está disfrazado de vaca mientras “lo ordeñan”. Llevo 30 minutos sentado en la barra con la misma cerveza desde que llegué mientras intento pasar desapercibido. Al lado: “– A mí me encanta el sexo, eso sí entre machos, nada de plumas ni muñequitas”, es la frase

con la que un tipo pretende romper el hielo y ligar. Pero no rompió el hielo, solo rompió cualquier posibilidad de “sexo entre machos” que pudiera tener esa noche con el tipo que está en frente de él.”

(Notas de mi diario de campo: 6 de abril, 2018)

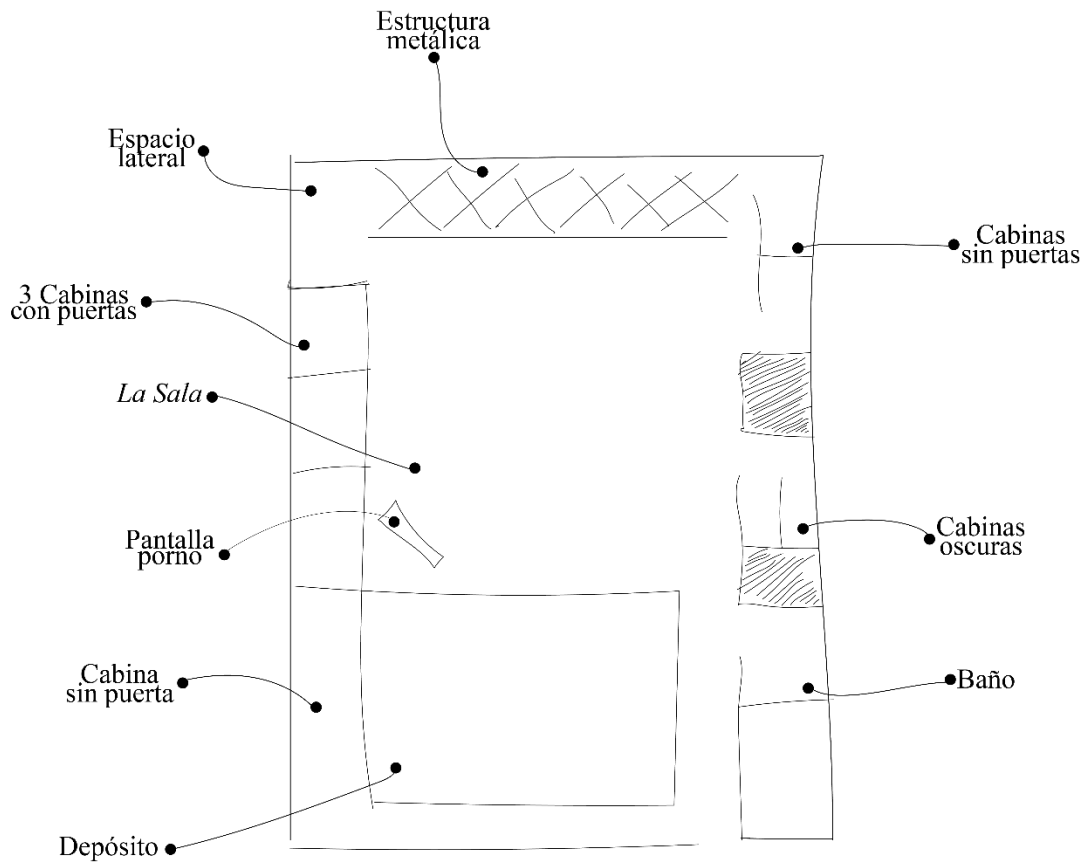


Figura No. 2 Mapa del *Lowdark Place*

Este fue el primer establecimiento con un dark room al que fui solo. Por lo general iba acompañado de algún amigo o ligue para reducir al mínimo los posibles acercamientos y, así, según yo en ese entonces, poder concentrarme en observar las estrategias de los usuarios. Este establecimiento es una especie de bar, con varias pantallas que proyectan un porno bastante raro. Tiene bartenders sin camisa y musculosos, algunas sillas y guías gais de la ciudad.

El público de este establecimiento oscila entre los 35 y 60 años y son exclusivamente hombres. Los comensales se organizan cerca de la barra si vienen en grupo y están hablando, o alejados de ella si están solos. Es necesario atravesar todo el bar para llegar hasta el dark room, por lo que el campo minado de miradas es inevitable.

Antes de ir al baño, me percaté de que este lugar tiene una cubeta llena de condones que los usuarios pueden tomar para usar en el dark room. En la entrada del dark room, al lado de una pantalla con porno hay 4 letreros: el primero advierte sobre posibles carteristas dentro y propone a quienes entren cuidar sus pertenencias. El segundo insiste en el mismo tema y sugiere el uso del guardarropa para evitar ser robado; el otro recomienda el sexo seguro y les recuerda a los usuarios que pueden tomar condones en la barra; y el último prohíbe fumar dentro del cuarto.

La arquitectura es bastante compleja y, de los tres, la más elaborada. Desde la entrada, podés tomar a la izquierda para ir a una cabina o ir al frente para atravesar un pasillo que da acceso a todo el lugar. Si vas a la izquierda, a la cabina, te encontrás con un cuarto bastante pequeño que tiene un orificio desde el que se puede ver lo que pasa en la otra cabina. Desde ahí no hay hacia dónde más avanzar. Así que, de vuelta en la entrada, solo queda ir al frente.

En la mitad del pasillo, a la derecha, hay un baño con dos urinales y un lavabo, totalmente iluminado de rojo, custodiado en la entrada por una cortina de corte industrial, una cortina de machos. Después de atravesar todo el pasillo se puede ver *la sala*, como me gusta llamarla. Este es un espacio abierto donde todos los hombres están esperando a que algo ocurra. Es el lugar donde el ritual del cruising previo al sexo tiene lugar. Nadie habla sino es desde el lenguaje corporal.

Esta sección está iluminada por otra pantalla porno que permite distinguir con bastante claridad los cuerpos y las caras de quienes están dentro. La ausencia de oscuridad total facilita unos códigos más visuales.

La oscuridad sin duda juega un papel fundamental. No solo para “ambientar”, sino para determinar las formas en las que los hombres se comunican dentro del dark room. Los dark rooms más *darks* no permiten las señas desde cierta distancia y el lenguaje corporal tiene lugar en el cuerpo del otro. Es decir, que gran parte de las cosas que se comunican son evidentes por lo movimientos que hago en el otro y que el otro hace cuando está cerca. Aunque la regla del silencio tiende a romperse más en los dark rooms más oscuros, ocurre en excepcionalísimas veces. Y cuando por un instante muy breve se rompe, no es fácil identificar quién lo hizo. La oscuridad funciona entonces como una estructura (Díaz-Benítez, 2007: 103), pues modela, propone y dispone ciertas formas de comunicación, interacción y prácticas dentro del espacio.

En el *Lowdark place* la oscuridad sí está, pero no es un lugar tan oscuro, por lo que los códigos que configuran el ritual de búsqueda de compañeros sexuales se presentan como sutiles señas. La mirada es quizá la seña más especializada:

Se trata de una mirada descarada que no se retira cuando el sujeto es descubierto, sino que se mantiene y se intensifica para buscar complicidad (...) La mirada en las zonas de cruising no es un acto de observación, se trata de un acto de comunicación que sirve para reconocer el interés de los otros participantes. (Langerita, 2015: 136).

Después de recorrer el lugar siempre terminaba ubicándome en el mismo punto, donde se encuentran el pasillo y *la sala*. Aquí nos ubicamos un pelotón en fila contra la pared. La

oscuridad nos logra cubrir bastante. Quienes van entrando por el pasillo nos tocan la verga y nos miran a los ojos como buscando el tamaño y la cara perfecta. Para mostrar intereses paran frente a alguien, si la mirada se mantiene por unos segundos es una aprobación para empezar el contacto sexual. En cambio, si la mirada dura menos de un segundo, es un rechazo sin reversa.

Luego, al fondo de *la sala*, en la parte central, hay una estructura de varillas metálicas. Pensá en un bosque, en el que en vez de árboles hay columnas delgadas de acero. Aquí los hombres caminan y se recuestan sobre ellas con la intención de exhibirse para los demás. El bosque de varillas funciona como un catalizador que reúne, atrae y tensiona a los hombres para estimular el ritual de cruising. En el bosque se mira, se toca, se corre y se recorre, pero también se rechaza.

Pese a que se pueda sentir como un ambiente muy hostil con modos complejos de comunicación e interacción, entre los hombres que allí están hay cierta sensación de cordialidad. Después de una señal de rechazo son muy poco los que insisten y, si lo hacen después del primero, ante el segundo rechazo desisten totalmente. Basta con una mirada, una ligera caricia, un pequeño empujón o una señal con la cabeza para mostrar deseo, rechazo o para expresar la intención de moverse de *la sala* y buscar otro lugar para follar.

Y es que en *la sala* ocurre toda la cuestión ritualista para atraer compañeros sexuales, pero los actos en sí pocas veces tienen lugar allí. Tras encontrar con quién o quienes se quiere follar, el espacio permite moverse para tener sexo con más intimidad.

Volvé a la arquitectura. Volvé al lugar donde se encuentran el pasillo y *la sala*, al fondo está el bosque de varillas. En el lado izquierdo de *la sala* hay tres cabinas con puertas y pasador. En la esquina del fondo a la izquierda queda un espacio del tamaño de una cabina. En la siguiente esquina, al fondo a la derecha, hay dos cabinas más, pero sin puerta. Y justo en la entrada de *la*

sala, a la derecha, hay una cabina más grande totalmente oscura: el *agujero negro*. Este tiene un panel en la mitad para delimitar dos comportamientos.

En las cabinas con puertas se pueden llevar a cabo todo tipo de prácticas sexuales, sexo oral, sexo anal, fisting, entre otras. En estas cabinas pueden entrar hasta cuatro personas, aunque no he visto entrar simultáneamente a más de tres.

Tener una cabina ya implica una ganancia, porque ya se tiene un lugar donde follar. Por lo que muchos hombres optan por usar las cabinas como un elemento estratégico al buscar compañeros sexuales. Está por ejemplo el caso de *el médico*

Desde que llegué una de las cabinas ha estado ocupada todo el tiempo. Al fin se abre. Salen dos hombres, pero uno de ellos se detiene, se limpia un poco la boca y vuelve a entrar a la cabina. Luego su mano se asoma por la puerta y hala a otro hombre que está justo al lado, cierran y no vuelven abrir hasta que toque la próxima consulta.

(Notas de mi diario de campo: 6 de abril de 2018).

Antes de seguir, es necesario explicar por qué *el médico*. Durante el trabajo de campo yo veía y era parte de prácticas e interacciones muy rápidas, en un lugar donde el mayor recurso para la comunicación es el cuerpo, el tacto, mientras los ojos funcionan solo en momentos específicos en que la oscuridad se ausenta. El uso de los ojos era útil en este dark room, por ejemplo. El punto es que uno de los trucos metodológicos que usaba, era pensar en una etiqueta absurda para el lugar, pero que se relacionara con las prácticas e interacciones que llevaban a cabo algunos hombres.

Apelativos como: *chico honda*¹³, por el escándalo que hizo un tipo que tenía una camiseta de la marca Honda; el *sad man*, para un señor cuya cara era iluminada por la pantalla porno y

¹³ Las situaciones con ellos no se citan aquí literalmente porque son introducidos de otras maneras en la narrativa.

reflejaba tristeza; *el médico* por razones ya explicadas, fueron pensados y luego escritas en las notas de campo para no dejar de recordar el momento y para no abandonar el campo.

Volvamos. Otra estrategia, quizá la más común, consiste en seleccionar una cabina vacía y pararse en frente de ella para asegurarse de que todos los hombres en *la sala* distingamos con claridad a su nuevo dueño. Luego de unos minutos, el apoderado entra a la cabina dejando la puerta medio abierta. Indiscutiblemente esta estrategia no les funciona a todos, depende también del tipo de atributos que el sujeto posea, pero al menos ya tiene un lugar. Sin embargo, para quién lleva acabo esta estrategia, resulta siendo una sorpresa quién entra a su cabina por lo que puede que quien se le quiera unir sea rechazado y tenga que salir.

Esta estrategia, además, plantea una pequeña competencia, pues puede que mientras que el apoderado esté afuera de la cabina exhibiéndose, una pareja o trío se escabulla por un lado y cierre la puerta rápidamente, ocupando la cabina que el hombre pretendía usar luego. Por lo que apartar una cabina sí es una buena estrategia, pero no es necesariamente la más efectiva.

Cada cabina se comunica con las de los lados por un orificio, permitiendo a los voyeurs mirar, y a los usuarios tener sexo sin necesariamente estar en la misma cabina. De esta manera, bien se puede meter la verga por un orificio de la cabina y esperar quien esté en la otra se la meta por donde quiera. Cada una cuenta con un dispensador de papel higiénico para facilitar cuestiones logísticas, sobre todo al terminar.

No fue sino hasta la cuarta visita que me atreví a explorar la cabina que mencioné antes, *el agujero negro*. Esta cabina es un poco más profunda que las otras y siempre hay alguien al fondo a quién no se le puede distinguir. En general, esta cabina no es muy utilizada, algunos hombres se ubican dentro, pero no se escucha mucho y tampoco se nota mucha actividad. Es probable que

se use por algunos hombres para aprovechar la total oscuridad y evitar ser identificados, ya sea para ocultar sus atributos personales y/o su identidad.

Las demás cabinas que no cuentan con puerta y están ubicadas al fondo en los laterales, suelen ser usadas por parejas, porque especialmente en este dark room entran muchas parejas. Pero no me refiero a parejas de ligue en el bar, sino a parejas constituidas desde antes. Lo relevante aquí es que estás parejas que follan en las cabinas sin puertas tienden a convertirse en focos, no solo para voyeurs sino para *nódulos sexuales*.

Los *nódulos sexuales* son interacciones sexuales donde se involucran más de cinco hombres y que terminan por volverse nudos importantes. Estos cúmulos de hombres tensionan el espacio de tal manera que la atención se vuelve solo hacia ellos. Pueden llegar a reunir tal cantidad de participantes que en ocasiones el nódulo se desaborda hasta *la sala*.

La mayoría de las parejas que aquí ingresan están en busca de un tercero o varios más para su experiencia sexual. Pero en muchas ocasiones, las reglas del silencio en los dark rooms terminan rompiéndose por parte de ellos. Estas rupturas no generan un malestar evidente entre los comensales, siempre y cuando no se les involucre, pero es claro que altera las lógicas del espacio. Las discusiones que se generan pueden darse porque no están de acuerdo en agregar a un tercero en específico o porque uno de ellos se quiere ir y el otro no. Problemas de pareja.

Cuando hay ausencia de sexo, de movimiento y de orgasmos en *la sala*, se siente una tensión por un sexo a punto de bullir, latente. Esto pasa cuando hay muchos hombres dentro del dark room, no hay ninguna actividad sexual ocurriendo y el ritual del cruising está ralentizado. En dichos momentos se siente como si hasta la música que entra del bar perturbara, como que va a destiempo con la atmosfera del lugar y con el vídeo porno que está iluminando las caras de los hombres que esperan sexo. Las miradas se vuelven especialmente intensas como para sentirse

deseado con el solo respirar. Las cabinas están abiertas y sin usar. Los hombres están contra la pared y las varillas metálicas. Y el deseo de follar, el deseo de meterse un pene a la boca o al culo, el deseo de meter un dedo o la lengua por algún orificio, el deseo de sentir la respiración acelerada del otro, de apretarlo y sentir sus espasmos, ese deseo también sigue ahí.

La tensión se rompe con la llegada de nuevos usuarios, pues el ritual se estimula con miradas nuevas y con la posibilidad de encontrar nuevos compañeros sexuales. La tensión también suele disiparse cuando se generan *nódulos sexuales*, pues cualquiera puede tomar parte como participante directo o como voyeur. Sin embargo, tal concentración de hombres puede propiciar actividades que no precisamente se ajustan a las lógicas del espacio, aunque se advierta que puedan pasar.

El *nódulo sexual* se genera de forma bastante espontánea, primero dos se están besando, se une uno, luego otro, luego otro solo toca, y al que tocan lo empieza a besar otro y de un momento a otro ya otros están involucrados, muchos otros. Otros, otros, otros: el juego de los otros. Sale un tipo cogido de la mano con otro y van para una cabina, no les va tanto lo compartido al parecer. Cierran la cabina y en menos de un minuto uno de ellos sale, desesperado se toca los bolsillos, se entremezcla de nuevo en el nódulo para buscar algo. Sale. Está súper agobiado. Entra otra vez en el juego de los otros. Sale. Entra a la cabina. Empieza a mirar por el suelo y nada. Lo han robado

(Notas de mi diario de campo: 20 de abril de 2018)

Este tipo de prácticas no-sexuales no suelen advertirse con facilidad mientras ocurren y con los pantalones abajo, resulta fácil llevarlas a cabo. Al menos tres veces noté que habían robado a algún hombre durante mi trabajo de campo.

Este procedimiento es facilitado por un contexto caracterizado por la oscuridad, el anonimato y la multitud, pero obviamente no forma parte de las normas del ritual, alejándose de las expectativas de la ceremonia. A partir de este punto de vista, podríamos decir que el robo es una desgracia relativa a un acto no autorizado, según Austin. En el caso de que el robo es lo que Grimes (1996: 285) llamó desgracia Nonplay, es decir, un procedimiento que no existe dentro de las convenciones del ritual. Por otro lado, el robo es también un abuso del tipo de insinceridades. Se espera que quien entra en el dark room tenga pensamientos y sentimientos sinceros de relacionarse sexualmente con otros hombres sin aprovechar aquella situación para hurtar. Las situaciones en que han ocurrido robos ocasionaron cambios en los comportamientos: las personas intentan ingresar al dark room sin sus pertenencias de valor, especialmente, sin llevar carteras en los bolsillos de los pantalones.” (Díaz, 2007: 108).

Por la complejidad de su arquitectura, este es sin duda el dark room más organizado de los tres. Además de tener diferentes espacios e implementos que facilitan las interacciones sexuales, los controles son bastante marcados. Cada treinta o cuarenta minutos entra el moderador con una escoba y un recogedor, levantando botellas, barriendo condones y papeles higiénicos. Minutos antes de que el dark room cierre, él mismo lo empieza a advertir – *Vamos guardando las pollas.* – *¡Bonitas, chupando con más fuerza!* También existe bastante vigilancia para asegurar que quienes hagan uso del dark room consuman antes en el bar. Hubo un par de casos en el que uno de los bartender entraba diciéndole a algún cliente que debía consumir para estar allí. Una vez de hecho yo fui uno de esos clientes. Después de eso el ambiente queda perturbado, aunque los hombres no tardan mucho para reincorporarse en el ritual.

Al terminar el horario, la salida es bastante ordenada. Una vez encendidas las luces del dark room, a eso de las 2:30 a.m., los usuarios se organizan casi en fila por el pasillo. Algunos se van

inmediatamente del local, otros vuelven con algún amigo que esté sentado en la barra, mientras otros se ubican en las sillas que están lejos de la barra, quizá para ver dónde y con quién seguir o terminar la noche.

1.4.2. *Halfdark place*

“A mi derecha: – ¡¡Si nuestros hijos preguntan, diremos que nos conocimos en un dark room!! Es Jacques, me mira con una sonrisa tan ebria que nos sé si va a llorar... empezamos a hablar un poco y el trío que está frente a nosotros se disuelve, pero los chicos no salen del dark room, se empiezan a liar con otros chicos, esto no se acaba hasta que se acaba. Jacques me empieza a mirar con ojos de deseo y muy excitado, yo no entiendo nada, miramos los dos para el suelo y una mano de no sé dónde le está manoseando la verga, Jacques lo aparta al notar que esa mano no es mía (...).”

(Notas de mi diario de campo: 12 de mayo del 2018)

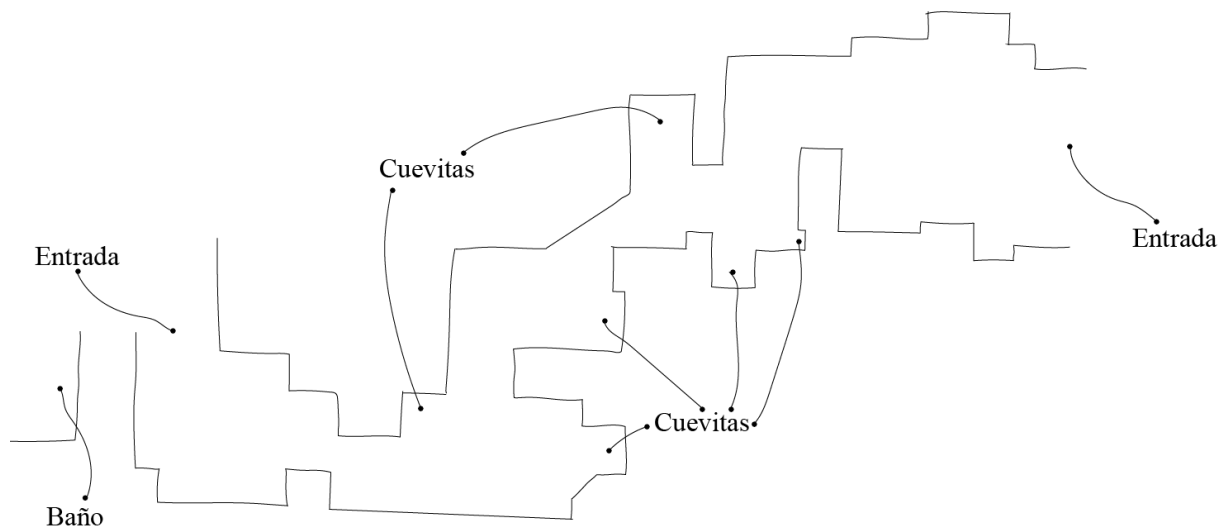


Figura No 3 Mapa del *Halfdark Place*

Este es sin duda el establecimiento más sofisticado de los tres. Esto porque además del alto precio en el cover, cuenta con dos pistas de baile, juegos de mesa, dos barras para tragos, pantallas con porno hasta en cada urinal del baño, gogó dancers y, claro, el dark room.

Las edades aquí sí varían bastante, entre 20 y 60 años, la música es un *tribal house* que no es mucho de mi agrado, aunque depende del día la música varía, de una electrónica acelerada, a una aún más acelerada. La mayoría de los asistentes son hombres, aunque hay algunas mujeres. Las pistas de baile son bastante grandes, los modelos musculosos se ubican en un par de podios al lado del DJ, mientras invitan a algunos chicos y chicas a bailar.

En el baño:

Me sentí muy Black Mirror. Llego al urinal, levanto la cabeza y delante de mí hay un video porno. Resultó que en cada urinal había una pantalla con porno, como quien nos quiere obligar a estar horny todo el tiempo, con lo difícil que es orinar así. En el baño en general había dos pantallas más con porno y en el centro una especie de mesita donde algunos chicos entran para hablar y poner sus bebidas... el baño estaba justo al lado del dark room.

(Notas de mi diario de campo: 12 de mayo de 2018)

El dark room y el baño casi que están conectados. A la entrada¹⁴ de estos hay tres letreros que muestran: *estar pendiente de las pertenencias; no fumar*; y el signo de una persona con falda que tiene un “NO” al lado, sugiere que las mujeres no pueden entrar al dark room. Sin embargo, no hay nadie vigilando las recomendaciones anteriores.

Ahora lo que me interesa. Entro y de momento es más una sala de fumadores. Pero este dark room es bastante diferente: es una especie de pasillo que comunica dos extremos de la

¹⁴ Como se advierte, el dark room y el baño están casi conectados. Para entender mejor la descripción revisar el *sketch*.

discoteca, se siente como un lugar de paso, es bastante angosto. En el pasillo hay muchos hundimientos que dan la impresión de ser cuevitas, pero no son muy profundos. La luz es bastante tenue, aunque con esfuerzo se puede distinguir al otro. Ponele que hay una pareja en una de esas cuevitas y, justo encima de ellos, una luz les ilumina cual museo. Salgo por el otro extremo y llegó a otra barra donde está la mesa de billar, mientras miro la barra noto que ya he perdido el miedo, el pudor, ya he perdido el tabú. En realidad, hace rato que lo había perdido, pero es la primera vez que hacia reflexión sobre esto.

(Notas de mi diario de campo: 12 de mayo de 2018)

Llegado a este punto, resulta importante para mí aclarar que esta investigación se planteó como un reto. Quizá no como un reto consciente, más como un reto morboso que pretendía examinar diferentes formas de conseguir sexo. Un reto que resultaba ser la excusa perfecta para adentrarse en lugares a los cuales no me había atrevido a ir de otro modo. Un reto que además me permitió introducirme a la oscuridad para, justo allí, ver lo que en la luz era invisible sobre mi identidad. Un reto que terminó dejando en evidencia no solo las problemáticas que producen el cruising, sino además las del cruising en sí mismo. Y en esa misma vía, ver en la homofobia un elemento que no solo lo repudia, sino que además lo origina. Quizá esa misma homofobia, morbosa y desliñada fue la que ocasionó este reto. Y sí, a lo mejor pensás que esta reflexión no tiene cabida mientras estoy describiendo el dark room, pero créeme, la tiene. Volvamos a la arquitectura.

El *Halfdark place* tiene una lógica de centro-periferia. En los dos extremos de las entradas, las personas se concentran solo para hablar y fumar, esta zona es más iluminada porque la oscuridad se espanta por la luz de la discoteca. A medida que te vas adentrando, en el centro, se siente un olor a popper, cigarrillo, mierda y semen, pero el olfato se acostumbra al olor como la vista se

empieza a ajustar a la oscuridad. Mientras avanza la noche, el calor se vuelve insoportable y el dark room intransitable.

Me empieza a agobiar la ligera claustrofobia que hace unos años me auto-diagnostiqué. Ahora no puedo ni volver por donde entré ni llegar a la otra salida, me empiezan a tocar más y más, no veo dónde hay paso, de repente hay *nódulos sexuales* adelante y atrás mío, no tengo salida, ya no me molesta el olor, pero hay muchos murmullos, muchos gritos y mucha claustrofobia. Respiro. Cierro los ojos y me apoyo contra la pared. Un nódulo se empieza a reacomodar, aprovecho y me escabullo un poco, salgo, pero me agarran con fuerza del brazo (...)

(Notas de mi diario de campo: 12 de mayo de 2018)

Las prácticas más comunes en este dark room son el sexo anal y el sexo oral. Se suele llevar a cabo por tríos y parejas en esos pequeños hundimientos que hacen de cuevitas y donde la oscuridad está un poco menos presente. Algunos hombres se acercan bastante seguros para intentar unirse, por la boca o por el culo, mientras otros, no tan seguros, quizá por su experiencia en los rechazos, terminan por hacer de voyeurs.

Los *nódulos sexuales* se dan principalmente en la mitad del pasillo, por lo que es muy común quedar en medio de ellos y no saber qué mano te toca, qué boca te chupa o qué verga te roza. Sin embargo, ese no saber no ocurre por la oscuridad, sino por la proporción del lugar, es tan estrecho que incluso si hubiera solo cinco personas no se sabría quién hace qué.

La regla del silencio aquí no es tan estricta para las conversaciones que se están teniendo en los dos accesos del dark room –aunque no se entienden mucho porque los gemidos no suelen ser nada sutiles– como sí lo es para iniciar un contacto sexual. La estrategia para iniciar una interacción pasa en la mayoría de los casos por un contacto directo con el cuerpo, las miradas son

importantes, pero difíciles de distinguir. Pese la preponderancia del contacto físico, para rechazar a alguien resulta más efectivo el lenguaje verbal con un: “No, gracias”.

En algunas ocasiones se entablan diálogos en la parte del centro, pero suelen suceder entre personas que se conocen en otro lugar del establecimiento fuera del dark room y que terminan llevando su conversación a la periferia. Como dije, para iniciar cualquier contacto sexual no suele usarse el diálogo, pues constituye una falta a la regla del cruising:

El tipo que está a mi izquierda, de unos 60 años, habla al aire para ver quién le para bolas y así iniciar conversa: – ¡¡Qué calor que hace aquí!! – La gente no tiene cuidado al pasar, – Oigan chicos descansen un poco, – ¿Será que ya casi cierran? De repente se mueve y hace como que se tropieza conmigo – ¡Perdón!, dice mientras me toca el pecho, – Tranqui, murmuro, comienza a manosearme la tetilla y antes de que le diga algo, replica – ¿Quieres cerveza fresca?, porque hace mucho calor aquí. Yo re-no gracias estoy viendo este maravilloso trío, solo muevo mi cabeza de lado a lado.

(Nota de mi diario de campo: 12 de mayo de 2018)

Romper la regla de la no-comunicación-verbal se da por parte de los hombres que no tiene el capital viril¹⁵ y/o sexual esperado. Ellos suelen tener interacciones sexuales directas muy escasas. Y a menudo es la oscuridad el elemento estratégico para lograrlas. A estos hombres se les suele relegar al papel de voyeurs:

La norma del silencio es una norma útil para aquellos que esperan obtener resultados en la interacción. Sin embargo, (...) no todos los participantes reúnen los atributos suficientes para

¹⁵Se refiere a los atributos que refuerzan los valores tradicionalmente masculinos: la fuerza, los músculos, la vigorosidad y demás disposiciones del cuerpo que, en general, se lean como opuestas, si es que así se puede denominar, a lo femenino (Gutmann, 1998).

obtener beneficios reales de la interacción. Hay personas que, a pesar de que respeten el ritual y sigan las normas de interacción, no obtienen un resultado eficaz y no encuentran pareja sexual en su jornada de cruising. Aquellos que están «fuera del mercado», porque son viejos o feos, o que consideran que cualquier interacción fracasará, pueden saltarse la norma del silencio, o al menos no les importa saltársela, porque respetarla no cambia el resultado de la jornada de cruising (Langarita, 2015: 158 – 159).

En general los voyeurs no incomodan a nadie. En el dark room hay una sensación de “todos estamos aquí por lo mismo.

Otro tipo de rupturas en el flujo sexual se dan cuando ocurre lo que Grimes en Díaz-Benítez (2007) denomina, *misapplication*. Para este caso, ocurre cuando las mujeres¹⁶ entran a un espacio gay de hombres y son percibidas como “inadecuadas” en el marco del cruising (2007: 109):

– I WANNA SUCK A DICK!!” grita una chica bastante borracha que acaba de entrar al centro del dark room, Jacques se le acerca y empieza a hablar con ella, entre borrachos se entienden, le sugiere hacer una voz más grave para lograr su cometido. La mujer sigue adelante mientras trata de convencer a algunos chicos con su nueva voz, “– ¡¡I JUST WANNA SUCK A DICK!! IS IT THAT HARD!?””, infortunadamente, fracasa y sale.

(Notas de mi diario de campo: 12 de mayo de 2018)

Ya he mencionado un par de veces a Jaques, vale la pena que lo conozcan. Le conocí en la pista de baile mientras yo estaba mirado a otro chico. Me preguntó si estaba solo, me

¹⁶No fueron muchas las ocasiones en que mujeres irrumpían en el dark room, pero cuando lo hacían, abiertamente estaban buscando a un hombre, por lo general era recibida como una intrusa. Esto confirma que los dark rooms son espacios de homosocialización para hombres. También valdría la pena investigar las formas en que interactúa un hombre trans o una persona no-binaria.

invitó a un trago y luego de contarle mis intenciones allí, me escabullí. Una vez en el dark room, esperando a que encendieran las luces, me di cuenta de que Jaques me estuvo siguiendo para comprobar que en realidad estaba haciendo una tesis. Tiempo después me dio una entrevista.

A eso de las 5:30 a.m. se encienden las luces en el pasillo de cuevitas. Hay condones, papel higiénico y muchas botellas de cerveza. Muchos salen, pero otros se resisten y la ausencia de oscuridad no se vuelve un impedimento para seguir follando. De hecho, tienden a entrar algunas pocas personas.

1.4.3. Dark place

Ehm... entré, me quedé... sí que recuerdo el shock inicial de pensar... “wow, cuántas pollas y no ves ni una”. De pensar... de que sentí la multitud, y era, ¿sabes?, ¡¡VER!! Multitud y esto me impresionó en el sentido de pensar, WOW... ¿sabes? cuándo dices... algo que alguna vez has pensado y de repente lo vives y dices: “es exactamente como lo hubiera imaginado o peor”, pues esta sensación. Y cuando ya pues empecé, pues a tocar rabos, y acércamelos a la boca, pues eso, pues que me puse de rodillas... y me acuerdo que primero me empecé a comer una polla y vino otra y yo digo: “bueno pues a mí me caben dos”, y me puse dos y después cuando estaba dije: “a ver si me cabe una tercera” ... y me acuerdo perfectamente de estar, o sea, con las manos, mientras hacía la felación, o sea buscando una tercera que se uniera a la fiesta y lo hice (...)

(Extraído de las entrevistas)

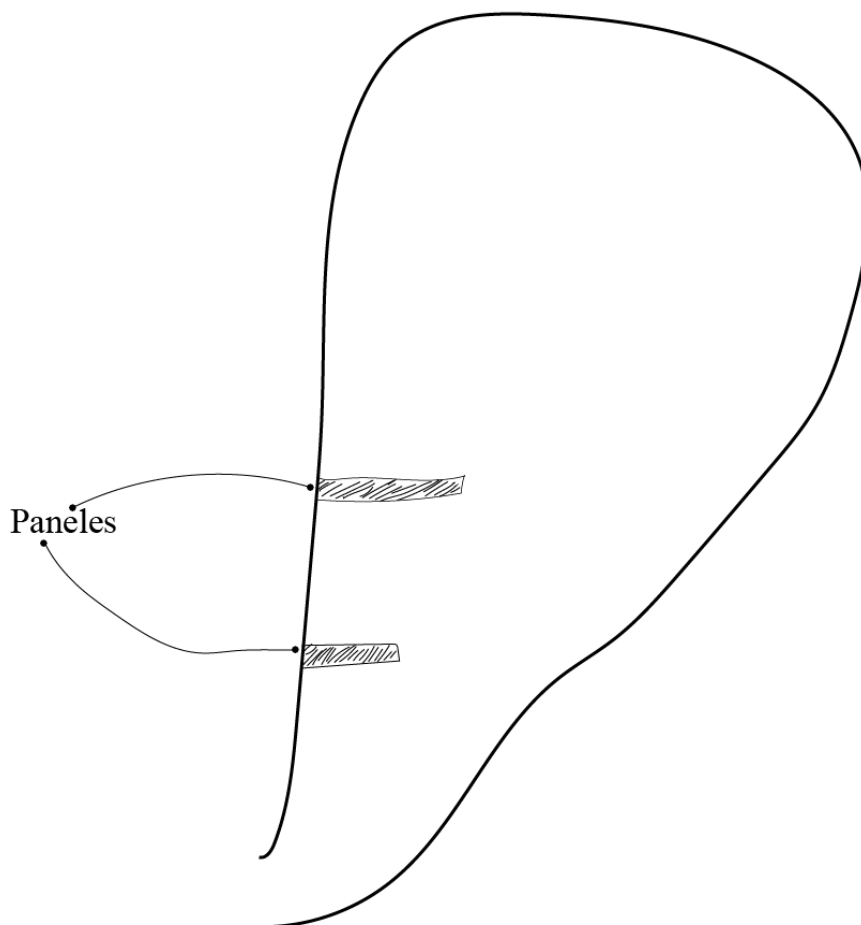


Figura No. 4 Mapa del *Dark Place*

De este lugar he escuchado un montón de acepciones: que es el lugar para conseguir *sugar daddies*¹⁷, que es el lugar por excelencia, que es el lugar por descarte, que es muy decadente, que es una parada obligatoria, en fin. El *Dark place* fue el lugar donde empecé a hacer campo. La nota de diario de campo con la que inicio este capítulo ocurre aquí.

La discoteca es bastante animada y típica. El pop del momento, cervezas y cocteles por todas partes. Le vendría bien un poco más de pintura en las paredes. Vienen hombres y mujeres de todas las edades. Pero vamos con lo que nos interesa.

¹⁷ Término usado para referenciar a un hombre que tiene mucho dinero y, a menudo, es mayor.

Este dark room, a diferencia de los otros, no tiene nada de iluminación, con mucha dificultad se puede distinguir la silueta del otro gracias a un toque de luz que se filtra por los paneles mal pegados que hacen de paredes. Este dark room, es un pasillo que se va volviendo más ancho a medida que te vas adentrando, tiene dos paneles que van de un extremo del pasillo hasta la mitad del mismo, formando así tres compartimentos, para dar la idea de cierto orden. (...) Este dark room tiene en el fondo del pasillo un dibujo, no sé si es un monstruo, un demonio o es solo que la pintura de la pared está desgastada y mi mente trata de encontrarle una forma. Desde el fondo miramos a la entrada y se aproxima tímidamente una silueta, salimos de inmediato y la silueta también, aunque disimula un poco para no quedar en evidencia tras nuestro sutil rechazo.

(Notas de mi diario de campo: 23 de marzo de 2018)

Pese a tener una arquitectura básica, la estructura que se genera es bastante compleja. Me refiero a que este es el dark room más oscuro de los tres, la poca luz que entra además de los paneles mal pegados, es producida por los usuarios con encendedores, linternas de celulares y cigarrillos. “(...) *había gente que encendía o el móvil o un mechero y me daba más miedo esto que la oscuridad en sí, porque pensaba “como alguien me encienda un mechero justo al lado del puto pelo, ya verá” ¿sabes? Esto me daba mal rollo...*” (Extraído de las entrevistas).

La oscuridad que estructura este espacio en particular permite que la imaginación tenga más cabida. Los ojos se empiezan a acostumbrar, pero no se puede distinguir más que una silueta que esté muy cerca. Generar pequeños momentos de luz pasa por el querer ver quién está cerca, con quién se va a interactuar o con quienes se está ya interactuando. Esto deja en evidencia cómo los hombres en el dark room no solo se acoplan a lo que permite, moldea y prescribe la oscuridad, sino que además buscan subvertirla. El uso de mecheros y celulares para aislar la oscuridad se

sobrepone al proceso de imaginación al revelar los cuerpos imbricados. Entre más al fondo estás del *Dark place*, más *dark* se vuelve.

Afuera del dark room hay una pantalla cuya programación depende del transcurrir de la noche, empieza con vídeos eróticos, luego un porno muy tradicional de pareja y más tarde ya se puede ver BDSM, orgías, bukkakes, entre otros. En la entrada, en el primer compartimento están las y los curiosos. Hay hombres y mujeres riendo, fumando y esperando a que algo morboso o gracioso ocurra, por lo general aquí no pasa mucho, solo es gente haciendo de *turistas*. De hecho, en esta primera sección, la ausencia de oscuridad, por la proximidad con la discoteca, ayuda un poco a distinguir a algunos rostros, quizá por esto no ocurre mucho: la falta de oscuridad restringe comportamientos y mantiene al margen a quienes no entran con la intención de tener sexo.

Sin embargo, la falta de oscuridad que hay en la frontera entre la discoteca y el dark room, es usado por los hombres que sí tienen intenciones sexuales como estrategia para repeler la oscuridad. Deciden pararse fuera de la puerta del dark room, donde la luz de la discoteca aún permite ver con claridad a los nuevos usuarios. Una vez ven a alguien que les gusta entrando, van tras él.

En el compartimento del medio, si es que se le puede llamar así, empieza a haber más actividad sexual. Hay menos cigarros y cuando los ojos se acostumbran a la oscuridad se pueden distinguir ligeramente figuras de cuerpos y se sienten los zapatos que vas pisando conforme te vas adentrando. Este es un lugar bastante pequeño, lo que lo vuelve incómodo de transitar, a menos de que ya se haya apartado un rincón. Quienes hacen de *turistas* y se arriesgan un poco, llegan hasta aquí para tratar de ver más acción, aunque no duran mucho.

Entonces además de pequeño, este compartimento está lleno de gente que busca un rincón para tener sexo y también de gente que se cree en un museo. El problema aquí es que no se puede distinguir a los hombres que entran con intenciones sexuales de quienes van solo por *turistear*, por lo que la búsqueda de compañeros sexuales termina entorpecándose.

Al fondo, en la tercera sección, ya es otro cuento. Aquí los hombres están recostados contra la pared apartando un lugar para el sexo. Entrar supone enfrentarse a un pulpo cuyos tentáculos fijan su atención entre el pecho y la entrepierna. El ritmo de la música se entremezcla con las bocas que chupan vergas, básicamente porque el sexo oral y la masturbación son las prácticas más comunes dadas las condiciones del espacio. Y ya que el lugar no facilita la logística o los implementos que requieren otra práctica como el sexo anal u otros. Sin embargo, sí hay quienes lo llevan a cabo, y cuando esto pasa toda la atención va para allá. Se tiende a enfocar las linternas solo en esa pareja, se acercan algunos para trata de unirse y otros en plan voyeur.

Por la oscuridad de este dark room el lenguaje corporal que implica no tocar al otro se vuelve muy complicado. El querer llamar la atención de alguien sin necesariamente tocarle es imposible, pues difícilmente el otro puede distinguir las señas. Lo mismo ocurre cuando se quiere apartar a alguien, en estos casos el código del silencio se rompe. Cuando se da un rechazo, como señalé antes, la mayoría de los usuarios son bastante receptivos y abandonan cualquier intento de ligar al primer “No, gracias”, pero también están los que insisten y para quienes el lenguaje verbal no suele ser muy efectivo, con un ligero empujón para apártales basta.

La oscuridad y el silencio también suelen generar problemas en las negociaciones con los compañeros sexuales. Cuando se quiere cambiar de posición o simplemente terminar el acto, no siempre hay formas claras de comunicarlo:

Ron hace el amague de subirse el pantalón, pero el chico sigue ahí

- Ya está bueno
- Espera...
- Ya, fuchi, venga, adeuuuu

El chico se resiste y lo besa mientras se cuelga de su cuello, pero luego le vuelve un poco, o tal vez muchísimo, la dignidad y grita:

- ¡¡NO ME TOQUES, VETE!!
- Eso hago...–dice Ron

(Notas de mi diario de campo: 23 de marzo de 2018)

El acto sexual puede también interrumpirse cuando uno de los participantes ya se ha corrido o simplemente no quiere continuar, muchas veces sin tener en cuenta el grado de excitación del otro o los otros compañeros (Langarita, 2015). Y en el contexto del *Dark place* es aún más usual, pues resulta sencillo escabullirse entre la oscuridad.

En estos espacios el sexo no es lo único, el *nonplay* vuelve a operar. Esta vez no solo por la concentración de personas, sino además por las facilidades que genera la oscuridad como estructura.

(...) me la empezó a comer el tío, y que de golpe se fue en plan¹⁸ “no me gusta tu polla” y yo... “¿me huele mal o algo?”, que era el tío que le estaba chupando a él después me la chupa a mí y se va... fue como bueno, ok... fue como mi primer contacto hoy en un dark room y de golpe se va, po¹⁹ un poco ofensivo

¹⁸ El “tío” no le dijo literalmente eso, más bien Ron describe lo que sintió cuando el *felador* se fue.

¹⁹ La palabra es “pues”. Ron tiende a hablar muy rápido. Y más si está ebrio.

(Extraído de las entrevistas).

Sé que la escena puede resultar confusa. Durante esta entrevista Ron estaba borracho, porque justo la hicimos después del dark room. La presencia de alcohol en el *Dark Place* es más usual que en los dark rooms anteriores, pero no siempre se puede reconocer quiénes están borrachos de quiénes no. Y aunque la oscuridad sea su mayor aliada, los más borrachos suelen gritar o titubear para poner conversa. Salirse del ritual del cruising los delata.

Luego de la entrevista con Ron nos percatamos de que no tenía su celular. Justo antes de entrar al dark room, vimos su celular para contabilizar el tiempo que estábamos dentro, pero luego no lo revisamos de nuevo para ver la hora de salida. No fue sino hasta cuando estábamos esperando el bus, después de la entrevista, que notamos que el celular no estaba. Ron tuvo los pantalones abajo la mayoría del tiempo para que le chuparan la verga. Se acuerda de entre 5 y 6 bocas, pero la que no dejaba de recordar era la primera, pues se la chupó por 10 segundos y de inmediato salió del dark room.

Llegamos a pensar que a Ron se le cayó el celular de los bolsillos mientras tenía el pantalón abajo, pero no era la primera vez que lo robaban en un espacio así. Claramente, Ron en lo último que estaba pensando era en sus bolsillos, pero además queda la inquietud de por qué duró tan poco tiempo el primero, cuando los 5 siguientes sí duraron más tiempo. El robo al menos le deja un aliciente a Ron: su verga no olía mal

Entonces sí, la gente folla, roba, fuma, se ríe, ilumina, turisteo, pero aquí, sobre todo, aquí la gente imagina.

1.5. Imaginación y anonimato

Adentro casi que me tiro entre la gente para llegar al centro y veo al tipo de antes, al que estaba sin camisa en la disco. Bueno en realidad creo verlo, la oscuridad no me ayuda mucho. ¿Y si trato de ligar con él?, pero ¿y si no es?, en realidad no importa porque yo creo que sí es... o ¿no? Bueno, puedo pensar que es él y ya está, no hay mucho drama.

(Notas de mi diario de campo: 12 de mayo de 2018).

Jugar con la oscuridad y la imaginación termina por convertirse en una estrategia para maximizar el placer que deviene de las interacciones sexuales. Claramente, eso funcionará más en lugares como el *Dark place* o el *Halfdark Place* donde la oscuridad es lo suficientemente densa para permitir este tipo de juegos mentales.

Pero imaginar no solo debe reducirse a una estrategia para cumplir la fantasía de follar con el hombre del cuerpo y la cara ideal. Imaginar implica que “(...) *no tienes que enfrentarte a nadie y a la vez puedes enfrentarte al placer*” (Extraído de las entrevistas). La idea de anonimato, silencio e imaginación, permite no dar cuenta de uno mismo, no hacer frente a lo que el otro representa, minimizando así los pasos previos para lograr un encuentro sexual. Sobre todo permite encarnar en el otro una fantasía que, de no ser por la complejidad en las dinámicas espaciales y sociales, no sería posible de otro modo. Imaginar es el perfecto complemento en el ejercicio del cruising.

Sin embargo, este ejercicio es complejo dado que no es unidireccional. La imaginación no logra invisibilizar al otro por completo, pues aún se interactúa con un alguien. Revestido sí, pero que es autónomo y ocupa un espacio físico.

“Exacto, era todo imaginado. Yo me estaba imaginando un pibón y esto me ponía cachondo, pero en verdad era todo imaginación. Pero en un momento cuando me empecé a imaginar al tío que me la chupaba que me quería besar y fue como abusivo del rollo “te estoy dejando que me la chupes, no que me beses” y me besaba, y yo como que me dejaba unos segundos por cortesía y después “ahj qué asco” (...) Empecé a imaginarlo ahí sin un diente, con sus ojeras, súper perverso masturbándose y fue como “aaaaaagggggggg” y me fui y empecé a decirle a los otros chicos que me tocaban, del rollo “don’t touch me, don’t touch me”, en plan to’ loco echándolos de mi polla a todos los chicos... y nos fuimos”

(Extraído de las entrevistas)

El cuerpo imaginado está condicionado entonces por la experiencia que se tenga con el otro físico. Mientras más satisfactoria sea la experiencia, la imagen del cuerpo imaginado va ser favorable. Sucederá lo contrario si físicamente no se lleva una experiencia placentera.

Pero además entra otra cuestión, ¿qué se imagina? El debate sobre lo que se llega a imaginar resulta un punto interesante, la poca información que se pueda ver del otro, puede influir en el proceso imaginativo.

“Y entonces tú dices como “vale, imagina”, porque era todo imaginación. Porque yo me estaba imaginando un súper rubio, súper pibón, que me estaba liando con él mientras me la chupaban 4 tíos sexys, pero en verdad... bueno en verdad solo me imaginaba sexy con el que me estaba liando, porque en verdad solo tenía información de que tenía pelo rubio, y que era alto y como delgado.”

(Extraído de las entrevistas)

Pero claro, la oscuridad y la imaginación no suelen ser para todos. Están los que no pueden llevar a cabo interacciones sexuales si no ven. La imaginación para ellos no es una opción posible.

“Claro, sí. El morbo... No, pero es que en el cuarto oscuro es diferente, porque en la sauna sí que puedes ver a la gente. En el cuarto oscuro no. Y yo he visto entrar a gente en el cuarto oscuro y he visto gente que me da asco... con todo respeto, eh. (...) es que en el cuarto oscuro no ves nada, no ves ni, ni... ni que tiene en la boca esa persona, ni si acaba de... no sé es como agghh, no sé.”

(Extraído de las entrevistas)

“(...) si me imagino quién me la podría estar chupando me da asco... no... después. En el momento puedo ir muy cachondo, incluso puedo ir muy empalmado y que me dé asco en el momento. Pueden darse todas las circunstancias, po’no sé... me trae algo negativo (...)”

(Extraído de las entrevistas)

¿Qué imaginan los que sí gustan de imaginar? Esto supone unos juicios estéticos sobre qué tipo de hombres se desea

A: *¿Cómo sería el tipo ideal en tu imaginación?*

X: *Árabe, fuerte. Con barba negra, machito y cañón. Ojos azules, sería demasiado ya... verde, gris, azul, bueno, es indistinguible creo...*

(Extraído de las entrevistas)

Lo interesante aquí es analizar las formas en que se activan los imaginarios de lo bello, lo bueno, lo exótico, lo deseado y lo abyecto. El debate por el gusto, ha sido abordado por diversos

trabajos, entre el que se puede destacar el propuesto por Whittier y Simons (2001) en “*The Fuzzy Matrix of ‘My Type’ in Intrapsychic Sexual Scripting*”. Y aunque no fue el objetivo central desde donde se planteó esta investigación, resultó por hacer emerger una serie de elementos imposibles de evadir: ¿cómo se imaginan al etnógrafo?, pero, además: ¿cómo se imagina a sí mismo el etnógrafo?

CAPITULO 2

LOS DIARIOS

“So if I’m not black enough and if I’m not white enough and if I’m not man enough, then tell me, Tony, what am I?” (Vallelonga, Currie & Farrelly, 2018)

Hay un cuerpo que pese a que es deseado no ha sido imaginado por su ocupante. Un cuerpo que encarna una serie de complejidades categóricas. Un cuerpo que apenas fue descubierto en la oscuridad, en el sexo. Se trata de un cuerpo que se invisibiliza en función de unos lugares y momentos, pero que se sobrevisibiliza en función de otros. Un cuerpo *in-betweenness* (Curington, Lin & Lundquist, 2015: 767): el cuerpo del etnógrafo.

Sí, ya he escuchado sobre la crítica alrededor de *Green Book* (2018) por seguir el complejo del “salvador blanco” (Gómez, 2019)²⁰ que termina reforzando la idea de que las personas *non-white*²¹ no podemos hacer nada a menos de que tengamos ayuda de una persona blanca. También soy consciente del escándalo de acoso sexual en el que estuvo envuelto el director Peter Farrey y las acusaciones de islamofobia que se le hacen al escritor Nick Vallelonga (Pulver, 2019)²². Además, es claro que para una película cuyo título es *Green Book*, la cuestión alrededor del libro verde se abordó muy poco. Sin contar con la presencia casi nula de afrodescendientes en la dirección, producción y guion de una película cuyo principal tema es el racismo de Estados

²⁰ Para mayor información consulte “*Green Book: el complejo del salvador blanco*” en el portal de El Espectador.

²¹ Con este término también englobo a grupos asiáticos, árabes y demás, que se consideren minorías étnicas.

²² Para mayor información, consultar el artículo “*Green Book film-makers in line of fire as sexual and religious controversies emerge*” publicado en la plataforma virtual de The Guardian:

Unidos en los 60's. Mi intención con esta cita no es otra más que rescatar la *crisis de identidad* que atravesamos los *cuerpos frontera*. Y es quizá esta la única razón por la que celebré que ganará el Oscar a Mejor Película.

Los *cuerpos frontera* son esos cuerpos que se encuentran en la línea que diferencia un grupo étnico de otro. Surgen y son cuestionados cuando el cruce étnico del que son producto les impide ser ubicados en una única categoría étnico-racial (Vergara-Figueroa, 2019).

El *cuerpo deseado* que no ha sido imaginado por su ocupante y que sugiere un motón de problemáticas étnico-raciales es el mío. Me crie en mi familia materna y mestiza de origen campesino, así que por parte de ellos soy migrante de tercera generación, ya que, como muchas otras personas, mis abuelos tuvieron que huir del campo a la ciudad por cuenta del conflicto armado en Colombia. De ellos he escuchado sus historias rurales: los mitos, los fantasmas, los juegos, el día en que escaparon y también lo que extrañan.

Por motivos familiares, que puedo asegurar a quien lee que no son necesarios especificar, el contacto con mi familia paterna y afro fue lo suficientemente escaso como para no considerarlos cercanos a mi vida personal. Fue sin duda esta desconexión la que contribuyó a que yo no me identificara ni tomara conciencia de mi condición de afrodescendiente por muchísimo tiempo. A continuación, explicaré cómo surge esta conciencia, no sin antes ahondar en aspectos importantes.

2.1. Diario de un blanqueado

Creer entre personas blanco-mestizas me hizo ignorar por completo mi identidad étnico-racial. No voy a negar que en algunos momentos muy puntuales logré y lograron hacerme sentir

diferente con base en mi color de piel, pero esos momentos no fueron motivo de una reflexión profunda para mí en ese entonces. Es más, estoy seguro que hubo muchos más momentos de los que puedo ahora recordar, en los que el no ser blanco implicó que me trataran de manera diferente. Pero el no ser consciente de ello hacía que yo adjudicara un rechazo, una mala mirada o un comentario, a un aspecto diferente de mí: el ser flaco, mi personalidad, o mi masculinidad. Hasta hace muy poco no pensaba que esos gestos fueran una reacción contra mi color de piel. Así que sí, yo me creía blanco, y también estoy seguro, que hay parte de mi identidad que aún cree que lo soy.

Me tienta mucho decir que haber escuchado toda mi vida denominaciones como: “mi canelita” o “mi café con leche” y seguir ignorando el significado que se le da a mi color de piel, fue un mecanismo de autodefensa para obviar unas formas de exclusión y vivir un poco más feliz. Tal y como hice durante mis años escolares en un colegio cristiano con mi orientación sexual. Muy en mí sabía que no me atraían las mujeres, pero, al mismo tiempo, sabía que no debía indagar en eso para entonces. Incluso cuando mis compañeros me convidaban a morbosear el cuerpo de una mujer, yo les decía que no sabía por qué, pero que no le veía la gracia. Por mucho tiempo para ellos yo era el nene del grupo, era bastante consentido y el mejor amigo del *bully*, por lo que sus relaciones patriarcales conmigo impedían que el poco bullying que me hacían apelara a que posiblemente no fuera heterosexual, como sí pasaba con otros compañeros. Recuerdo que uno de ellos fue expulsado del colegio al confesarle su amor a otro hombre, ya que esto atentaba contra la moral de los otros compañeros varones: la moral de morbosear mujeres, obvio. Pero como decía una compañera: “de los colegios religiosos es de donde salimos más maricas”, así que el atentado ya estaba hecho y yo ya lo sabía.

Con mi identidad étnico-racial no fue así. Yo ni siquiera me imaginaba los procesos de exclusión de los que era parte. No era que no me los quisiera pensar, simplemente no eran evidentes para mí como sí lo eran otras dimensiones, también excluidas pero ocultas, de mi identidad. Por lo que reconocirme como afrodescendiente no pasó en primera instancia por el rechazo, repito, no porque no lo haya experimentado, sino porque era invisible para mí. Bien dice Bonilla-Silva que “El momento en que las personas de color apagan sus radares raciales, es el momento en que la blancura se filtra más fuerte que nunca.” (2012: 178)

“Me blanquearon”²³ es quizá la única expresión colombiana que se refiere a lo blanco como algo malo, se refiere a que se le ha negado algo a alguien. Y aunque la expresión ya está en desuso, los procesos de blanqueamiento son de los más usados, refinados y estables. Siendo así, además de mi profunda desconexión con mi identidad afro, como el Dr. Sherley en *Green Book*, los procesos de blanqueamiento que atravesé, y sigo atravesando, hacen un esfuerzo por invisibilizar aún más dicha dimensión étnico-racial en mi identidad. Pues, retomo, mi identidad pasa por ser biracial al tener un background mestizo y un background afro.

Hablar de mi identidad como biracial implica referirme a una identidad sumamente móvil, a la que se le adjudican y se le quitan sistemáticamente privilegios blancos, pues se le ubica en un *espacio intersticial* (Curington et al, 2015: 768). Los procesos de blanqueamiento que atravesamos las personas *non-white* son diversos, aunque tengan el mismo fin: invisibilizar las identidades étnico raciales que no se adscriben a la identidad que abandera el modelo colonial-hegemónico. Dicha invisibilización procura eliminar historias, estéticas, ideas y demás expresiones sociales *non-white*, las cuales, por la lógica hegemónica, terminan contradiciendo al

²³ Esta expresión es un sinsentido, pues surge como oposición a la expresión “me negrearon”, sin embargo, significan lo mismo. “Me negrearon” se emplea en un lenguaje coloquial para afirmar que se está falto de algo que los demás no, aludiendo a la exclusión. Ejemplo: “Me negrearon, les dieron pastel a todos menos a mí.”

sistema colonial. Ahora bien, la diversidad de los procesos de blanqueamiento va a depender del contexto social en el que se socializa el individuo y de las maneras en que este es leído según la jerarquía racial.

“Vea, hágase masajitos en la nariz para que le angoste un poquito.”, “venga le echo linaza en el pelo para que se le ponga más sueltico, menos amontonado”, “venga le pongo un gancho para hacerle más pequeñas esas olletas”²⁴ Creo que me quieren rescatar. También me quieren rechazar. Me quieren rescatar rechazando una parte de mí. Y lo lograron. De peque, me hacía una serie de tratamientos para hacerlo, para transformar fenotípicamente mis rasgos afro, lo cual terminó escalando hasta el imaginario sobre mí mismo sin necesariamente tener resultados visibles.

Este rechazo a unos rasgos y a una estética afro ocurría, y ocurren, mientras se maximiza el otro lado de mi identidad, mientras se rescata lo mestizo que pretende ser blanco. Se trata entonces de un proceso en el que el rechazo y el rescate se vuelven dos elementos indivisibles, en donde se explica al sujeto en calidad de rescatable sin dejar de recordarle su lugar. Su (mi) identidad es explicada a partir de negaciones: *“el caso es que tú eres negrito, pero no tanto”, “tú eres como oscurito, pero no tanto, más bien claro, pero no tanto. Eres todo lindo”²⁵*.

En este sentido se entiende pues que el blanqueamiento biracial que experimento es el proceso por el cual se rechaza sistemáticamente la identidad afro²⁶, mientras se rescata una supuesta blancura. Por lo que no se trata de un rechazo que se conforme solo con excluir, sino que procura

²⁴ “Las olletas” era una denominación para caricaturizar la forma de mi nariz bastante ancha. En numerosas ocasiones se me ponía el gancho con el que se cuelga la ropa a manera de burla.

²⁵ Las frases que se citan aquí son recopilaciones que realmente he escuchado.

²⁶ Me gustaría usar el término *Non-white*, pero cada grupo étnico tiene distintas experiencias. No es lo mismo el blanqueamiento y la exclusión que atraviesa una persona hispana que una persona árabe. Así mismo tampoco el que puede atravesar una persona asiática comparado con una persona asiática/blanca

una transformación estética en los rasgos afro para invisibilizarlos mientras se maximiza una estética blanca. Este proceso se propone entonces generar transformaciones visibles en el cuerpo, escalando hasta en los discursos para alentar la alienación racial bajo la idea del “rescate”. El blanqueamiento biracial es, pues, traer lo blanco como el factor de rescate mientras se referencia lo afro como el factor que no lo permite, ambos elementos, rechazo y rescate, no se pueden accionar el uno sin el otro, lo que en muchos casos termina dejando la identidad racial en un limbo²⁷

No hay nada que hacer, soy un hombre blanco. Inconscientemente desconfío de lo que hay negro en mí, es decir, de la totalidad de mi ser.

Soy un negro pero, naturalmente, no lo sé simplemente por serlo. (Fanon, 1967, 148).

Reconocer la dimensión afro en mi identidad ha sido un proceso lleno de tropiezos, preguntas, radicalismo y sobre todo de contradicciones. Me vi como afrodescendiente en un lugar en el que no se puede ver bien. De hecho, ocurre en un país donde lo blanco y europeo prima. Ocurre en el sexo y en el dark room.

2.2. Diario de un exótico

Llegué a Barcelona en el 2017 y desde entonces el espacio público se volvió un lugar de incógnitas. Al principio me ponía paranoico la sobre-atención que recibía de la gente mayor. Mis amigos catalanes y latinos, que ya llevaban tiempo viviendo allí, insistían en que era solo paranoia mía. Pero luego de innumerables casos en que notaban la situación, alivianaban el momento diciendo: “*solo están tratando de adivinar de dónde eres*”. Como si el querer adivinar de dónde soy, fuera un juego inocente que tiene por objetivo reunir la mayor cantidad de

²⁷ La idea de la identidad dejada al limbo fue enunciada en una reflexión que tuvo lugar durante una discusión en *The Black Forum* el 19 de abril de 2019 por Natalia Domínguez, politóloga egresada de la Universidad Icesi.

nacionalidades vistas y no de demarcar dinámicas de poder a partir de mi lugar de origen; como si el querer adivinar de dónde soy no fuera además un ejercicio que pasa por verme diferente a partir de mi color de piel. Pero hasta ese entonces mis radares raciales (Bonilla-Silva, 2012) apenas se estaban encendiendo.

Fue sin duda en el metro en donde por primera vez dije “¡marica, no soy blanco!” y suena tonto, ¿no? 21 años en este cuerpo y no había visto su color. Recuerdo muy bien esa vez: fue solo un instante, línea verde, desde la estación Passeig de Gràcia a Plaça de Catalunya, el vidrio nos reflejó a la multitud, pero yo no me sentía parte de ella. Fue de las primeras veces que esa diferencia tuvo sentido para mí.

Nikki Lane (2016) va a discutir la investigación propuesta por Mignon Moore titulada *Invisible Families: Gay Identities, Relationships, and Motherhood among Black Women*. En esta, la autora explora las formas en que la maternidad se intersecta con identidades raciales, de género y sexuales. Una de las estrategias que Moore va a usar en el capítulo 3 es hacer preguntas encaminadas a indagar sobre qué identidad, dirían las entrevistadas, es la más importante para ellas. A primera vista, esto puede resultar conflictivo en lo que respecta a la interseccionalidad, pues lo que se busca es precisamente no desarticular las categorías o evitar pensar unas cómo secundarias frente a otras (Gamson & Moon, 2004: 52). Sin embargo, lo que Moore se propone es “entender cómo y por qué las personas negocian sus identidades en relación con otras personas y grupos.” (Lane, 2016: 644). Esto es pertinente para aclarar que, si bien no fue exclusivamente en el sexo donde empezó a generar ruido mi color de piel, sí fue allí donde más relevancia tuvo para mí, pues mi identidad como homosexual está, en muchos aspectos y, como diría el psicoanálisis, mejor tramitada.

A pesar de esto no seguía siendo muy claro del todo. La mitad de mi trabajo de campo fue empezar a preguntarme sobre mi éxito atrayendo hombres en los dark rooms. Algunas veces siguiendo el patrón de no tener en cuenta mi color de piel: “¿Será porque soy flaco?, ¿la forma en cómo me expreso?, ¿como camino?”.

Y claro que disfruté toda esa atención. Incluso después de entender que se trataba de mi color de piel, mi análisis muchas veces se limitaba a pensar en mis rasgos afro como un atractivo más que no estaba inscrito en unas dinámicas de colonialidad y deseo, ignorando así situaciones de tensión y desbalance de poder. En general, *ligar* era mucho más fácil que en Cali. Por supuesto hay que destacar que por el hecho de estar en una ciudad mucho menos tradicional²⁸, que es reconocida internacionalmente como *gayfriendly*, las formas de homo-socialidad en el espacio público tienden a ser menos “discretas”. Pero yo ignoraba mucho y, según yo, tomaba partido del residuo, me quedaba una “ventaja residual”.

La ventaja residual, es la ventaja que dejan las relaciones de poder a quienes no lo tienen. Para este caso vale la pena traer la investigación que también va a discutir Nikki Lane de Mireille Miller-Young. *A Taste for Brown Sugar: Black Women in Pornography*, es un trabajo que examina el rol de la mujer negra en la pornografía: desde su performance en cámara hasta lo que hay detrás de escena en su trabajo. Miller-Young va a introducir el concepto de “erotismo ilícito”, entendiéndolo como “la práctica de mujeres negras que utilizan, manipulan y representan sus sexualidades con el propósito claro de beneficiarse de su sexualidad.” (Lane, 2012: 645).

Esta práctica ocurre dentro de la industria porno para exagerar e inventar un tipo de

28 Estrictamente hablando, porque la escena gay en Barcelona es bastante heterosexual y colonial. Afirma Guasch en García: “Espacio, pero sin pausas, y gracias a la política gay, la homosexualidad deviene profundamente heterosexual.” (2004: 67).

representación sexual, aludiendo a unas diferencias raciales que terminan siendo fetichizadas, exotizando así a los cuerpos que la ejecutan (Lane, 2012).

Y de ahí saqué ventaja yo. Con los radares medianamente encendidos o, mejor, mal encendidos, empecé a desarrollar estrategias para aprovecharme de ese “erotismo ilícito”, que, para este caso era inconsciente acerca de las problemáticas que implicaba. Empecé a usar bálsamos labiales para cuidar mucho más mis labios, ya que recibía halagos frecuentes porque se les considera gruesos –aunque para mí se trata más que los de ellos son muy delgados–, y a menudo exageraba el uso de crema para hidratar en todo mi cuerpo. Esto me ponía a reflexionar en relación con una entrevista que le habían hecho a Guasch²⁹ sobre Barcelona y la homofobia. Una de las preguntas va en clave de las estéticas de los inmigrantes que llegan a la ciudad. El autor responde citando un ejemplo de unas fotos de un chico que llegó a Barcelona desde Portugal y al cabo de un tiempo de estar en la ciudad su estética era otra:

La primera es la foto de un chico con un bañador cortito, con patillas, peludo. En la segunda está rapado, completamente depilado con un bañador muy pequeño de esos que suben los testículos. Mi amigo me dijo: ‘Mira Óscar, qué hace Barcelona’ (Guasch, 2011)³⁰

Guasch (2011) dice que “Barcelona es un parque temático más que una ciudad (...)” y era esta la lectura que yo hacía, la típica historia del chico provisionado que llega a la gran ciudad y se empieza a adaptar a la demanda del mercado sexual. Y hasta cierto punto lo era. El problema es que estaba además usando un “erotismo ilícito” inconsciente, en el que resaltaba unos rasgos afro y latinos, no con el ánimo de reivindicar, sino de *ligar*. Siguiendo la historia de mi

²⁹ Sociólogo de la Universidad de Barcelona especializado en investigar temas alrededor de la Sociología de la Sexualidad.

³⁰ Para mayor información consulte la entrevista realizada por Elena Ledda: “Oscar Guasch: Ser macho mata” en el portal de Pikara Magazine.

blanqueamiento, estaba haciendo lo opuesto a lo que hacían para disminuir una estética *non-white*. Pero una vez más estaba al servicio de una lógica hegemónica-blanca, sacando partido de lo que esta me dejaba.

2.3. Diario de un exotizado

El ilustrador y activista trans Mars Elliot Wright va a decir en *Kindr*, una campaña producida por *Grindr* en el 2018: “Te están fetichizando, puede ser un poco deshumanizante. No se trata de ti como persona, se trata de tu cuerpo trans”. Por supuesto que las personas trans tienen experiencias de discriminación muy diferentes a las que yo siquiera me pueda enfrentar, pero esta frase es lo bastante potente como para englobar otros tipos de exotismos. Qué tal: “Te están fetichizando, puede ser un poco deshumanizante. No eres tú como persona, es tu cuerpo biracial”.

Aquella ventaja residual que yo celebraba me sigue relegando. Jamás va a dejar de ser el residuo y eso tal vez me convierta en el carroñero. Me enfrente entonces a un proceso de objetivación en un:

(...) contexto socio-sexual, [en donde] las relaciones sexuales entre hombres negros y blancos³¹ pueden estar estructuradas por una relación de poder, en la cual los hombres negros emergen como objeto de la agencia de los hombres blancos. (Husband et al., 2013: 437).

Y aquí empiezan las molestias: cuando soy el carroñero.

³¹ La mayoría de mis encuentros erótico afectivos sucedieron con hombres blancos.

El carroñero entonces va a ser el que logra comer algo, pero nunca va a dejar de ser lo que es. El carroñero se puede alimentar, pero el elemento que lo alimenta siempre le va a recordar su posición ¿Soy un carroñero?, ¿voy a serlo siempre?, ¿cómo dejo de serlo?, ¿quién soy?, ¿soy negro?, ¿soy blanco?, ¿qué veo en el espejo, un carroñero?

Específicamente, fue la genitalización la que detonó este malestar. La frase: “Entre más oscuritos más grande lo tienen” en un dark room, fue sin duda significativa para despertarlo. Y es que el sexo gay se concibe desde aquí desde el pene:

“(...) o sea, hay gente que te mete mano y no tienes la polla [dura] y te deja... falocentrismo máximo, el sexo es solo un falo duro, no hay otra opción. (...) trabajo en una productora [porno] que se considera feminista y se considera súper avanzada sexual... que representa sexualidades muy variadas y tal... y cuando una polla no está dura, es un drama.”

(Extraído de las entrevistas).

Desde aquí es de esperarse que la exotización de los cuerpos afro racializados empiece desde los genitales, desde cómo el color podría reflejar el tamaño de una verga: “En particular, la "genitalización del cuerpo masculino negro" (Walcott 2002, 142) invoca el estereotipo de hipersexualidad masculina negra, al mismo tiempo que ignora a los hombres homosexuales negros como personas reales, apelando a los deseos eróticos de ciertos hombres homosexuales blancos”.

La reflexión empieza en el espejo. El espejo fue el momento en el que yo mismo me percibí como exótico, como si tercerizara mi propio cuerpo para pensar en cómo el residuo al que yo me estaba aferrando seguía siendo un problema para asumirme. Luego, ser consciente de

comentarios como “Ay es que él³² no puede ver un negro porque se vuelve loca, ve con cuidado” o cuando el mismo Arthur en una entrevista me dijo: “Es que a vos te va bien porque hay poca oferta pero mucha demanda de tu tipo”. El espejo fue ser consiente de esa cosificación. ¿De mi tipo?, ¿del tipo que es afro y por eso debe tener un pene re grande?, ¿del tipo que por ser afro y además latino debe ser ardiente en la cama?, ¿del tipo que debe bailar absurdamente bien según su color de piel? Básicamente, del tipo que debe entretener. La pregunta no es si soy bueno en la cama, si bailo bien o si la tengo grande, la pregunta es: ¿sos capaz de pensarme en otro tipo de escenarios? Pero, además, ahora yo consiente de que soy exotizado ¿soy capaz de pensarme en otro tipo de escenarios?

Luego de este reclamo vienen los hechos, los datos estadísticos que usa la gente para justificar sus afirmaciones: “Mira, pero es que esta investigación de “quién tiene el pene más grande” dice que son los negros”. Y así, según ellos, validan que no son racistas porque por supuesto que la ciencia no lo es. Pero aun suponiendo que esos mismos datos les dijeran que el grupo étnico-racial que tiene el pene más grande no es el afro, no sería suficiente, básicamente porque “Los “hechos” importan muy poco (...) Lo que cuenta en última instancia en el mundo real tejido por la raza es la percepción de los blancos³³ sobre los negros” (Bonilla-Silva, 2012: 183).

¿Y en este escenario qué?, otra vez: ¿cómo dejo de ser un carroñero?, ¿debería ejercer resistencia?, ¿cómo lo hago?, ¿cómo sé que esa resistencia es suficiente?, ¿qué hago si solo quiero sexo?, ¿debería indagar en las percepciones del otro hacía mí antes de acostarme con él?,

³² “Él” es Arthur, un DJ que trabajaba en la discoteca del *Halfdark Place* y accedió a darme una entrevista. La entrada allí era la más cara y no podía pagarlo cada vez. Arthur me hacía entrar gratis.

³³ Esta cita se extrae de “*The invisible weight of whiteness: the racial grammar of everyday life in contemporary America*” un paper que problematiza las formas en que la supremacía blanca se impone como el estándar normal y universalizado. Aclaro esto, porque no quiero que se entienda como si Bonilla-Silva expresara una necesidad de ser aprobado por los blancos *per se*.

¿hago un test pre-sex? Estas dudas llegaron como una esquizofrenia en algún momento en el *Lowdark Place*:

(...) yo ahora estoy en lo dark, donde ni la luz de la pantalla porno me descubre, solo estoy viendo. Pero ya es hora de salir, y me pregunto: ¿está mal sacar ventaja de mi exotismo?, ¿contribuyo a acentuar la discriminación?, ¿es igual si al final yo también cosifico a estos hombres?, ¿está “doble cosificación” está desequilibrada? Porque soy exótico aquí, soy el único biracial y el más joven de todos. La mayoría de ellos son blancos y menos jóvenes, bastante menos jóvenes... ¿puedo cosificar la hegemonía?, sé que hay una estructura histórica que establece esta jerarquía y que me pone en una posición discriminada, pero tengo la sensación de que también puedo hacerlo. No sistemáticamente, no a gran escala, pero sí que puedo cosificar a quien me cosifica. Creo.

(Notas de mi diario de campo, 6 de abril de 2018).

No voy a responder a estas preguntas, más que nada porque aún no sé cómo hacerlo. Aunque obviamente no puedo cosificar a la hegemonía, sí puedo resistir. Pero ¿Cómo determino si el tipo de resistencia que yo construya va a ser suficiente? o ¿si siquiera existe algún tipo de resistencia que lo sea?, ¿debe ser suficiente para mí y mi tranquilidad? O, además, ¿debe ser también suficiente para él y mi intento por combatir su racismo? Al respecto Husband et al. (2013) desarrollaron un análisis de datos recopilados en Toronto, Canadá, para dar cuenta sobre el comportamiento sexual de hombres negros con otros hombres de distinta descendencia étnico-racial.

La información se obtuvo de un estudio previo que se había llevado a cabo por los mismos autores entre 2006 y 2009. Se le llamó *The MabWana Blak Men's Study* y quería dar cuenta sobre la vulnerabilidad ante el VIH de hombres gays y bisexuales que se identificaran como

africanos, caribeños o negros. Se obtuvo información de 134 participantes activos sexualmente. (2013, 437). El estudio logró demostrar “cómo los participantes de MaBwana variaron su posición sexual de acuerdo con el origen étnico-racial de sus parejas sexuales” (435) y en las entrevistas llevadas a cabo se detalló en “el contexto dentro del cual se producen esas posiciones cambiantes” (435). Esto constituyó un punto de partida para que Husband et al., indagaran sobre el cálculo de poder que se hace en relaciones sexuales interracialas.

Entre los múltiples escenarios de los que logró dar cuenta este nuevo análisis, logró reportar qué tan conscientes eran los participantes sobre las relaciones de poder que se generaban en un contexto interracial con sus compañeros sexuales. A esto se encontró que los entrevistados tienden a ser “conscientes de los límites y el potencial de sus relaciones sexuales; no ceden a las relaciones sexuales interracialas como participantes sin poder o inconscientes y parecen resistirse a la objetivación, incluso en las relaciones sexuales con hombres blancos” (Husband et al., 2013: 446).

En este sentido, es difícil generalizar y decir que la mayoría de hombres gais/bisexuales negros o biraciales somos conscientes de las dinámicas de poder en las que tienden a verse envueltos en sus relaciones sexuales, yo por ejemplo no lo era. Pero si al menos los de este estudio son conscientes y se oponen a ser cosificados, es de esperarse que hayan desarrollado algunos mecanismos de resistencia en este contexto:

La resistencia puede ser pasiva, negándose a tener relaciones íntimas con hombres blancos o ciertos hombres negros, o mantener sus relaciones sexuales con hombres blancos puramente sexuales. Pero la resistencia también es activa en la medida en que algunos hombres negros negocian sus relaciones íntimas con los hombres blancos y resisten la racialización incluso dentro de las relaciones sexuales y también a través de su insistencia en involucrar y movilizar

a los hombres negros homosexuales y las comunidades negras en busca de salud, bienestar y justicia social. (Husband et al., 2013: 446).

Ahora no se trata de resistir solo como marica, tampoco como biracial. Ahora se trata de resistir como un *marica biracial*, pues no puedo aprehender las categorías que componen mi identidad como variables discretas, y así mismo, tampoco los sistemas de opresión. Es importante reconocer que los sistemas de opresión terminan intersectándose y fortaleciéndose entre sí.

Pero esta interseccionalidad de la que hablo es más compleja, pues no se trata tampoco de asimilarla como la suma de las partes de las categorías que componen mi identidad (Gamson & Moon, 2004: 54). Sino, además, de comprender mi aproximación a ellas, las formas de las que me apropio, las inconciencias que aún tengo sobre ellas y las contradicciones que me presuponen.

Ya en este punto, es claro cómo el sexo homosexual fue el que me dio acceso a una categoría étnico-racial en mi identidad. Fue en el sexo donde exploré mi cuerpo y su color, mientras los demás también lo hacían, fue allí donde tomé “ventaja” de ese color, mientras los demás me mostraban lo que implicaba aceptar esas ventajas sin más. Fue en el sexo donde se inscribieron los estereotipos alrededor de mi cuerpo. Alejarme del exotismo que alguna vez me llenó fue el comienzo: ser marica fue lo que me hizo biracial. Así que, en un orden enunciativo, yo no me encontré con una sexualidad racializada, que es quizá de lo que más literatura se ha producido, yo me encontré con una dimensión étnico-racial sexualizada. La interseccionalidad desde la que me represento se complejiza al poner el foco en las formas en las que he negociado mi identidad y así, también las maneras en que me he apropiado de luchas y en cómo he construido

resistencias alrededor de estas. Y es desde esta intersección, donde me seguiré construyendo como el *marica biracial* que soy.

2.4. Diario de un etnógrafo exotizado

¿Cómo repercute esto en campo? Antes, es necesario esbozar el debate respecto a las relaciones sexuales en campo con los informantes. Langarita (2017) al abordar este debate, afirma que hay dos cuestiones que suelen mencionarse como problemáticas en este estudio: la objetividad y la ética. La primera sigue siendo un debate dentro de las Ciencias Sociales, no solo en lo que respecta al sexo en el campo.

Sin embargo, bien hace Langarita en retomar la frase de Bourdieu donde en vez de cuestionar la objetividad del sexo del antropólogo se explica que: “el antropólogo debería ser capaz de captar la objetividad de la experiencia subjetiva independientemente del evento social que tenga lugar” (2017: 6). Por esto, el sexo entendido como una actividad social más no debería dejarse de hacer por cuestiones de objetividad. Bien porque esta ya es problematizada desde cualquier objeto de estudio, bien porque dejar de hacerlo implica asumir una posición respecto al sexo, que en gran medida termina por favorecer las versiones moralistas de este.

La discusión por la ética y el sexo del antropólogo sigue siendo bastante escasa. Al respecto, Langarita opina: “La ética del trabajo de campo no pasa necesariamente por la abstinencia sexual como norma, porque el antropólogo no conoce enteramente cómo se significa el sexo en el grupo

que estudia ni su función en el contexto social si no se integra en este tipo de relaciones. La ética del trabajo de campo es un abordaje en sobre el objeto de estudio que parte del respeto por el otro sin invasiones ni jerarquías” (2015: 47-48). Aquí en cambio, deberíamos preguntarnos: “¿cuáles son las consecuencias de un trabajo de campo sobre sexo sin sexo?” (48).

El autor de “*En tu árbol o en el mío. Una aproximación etnográfica a la práctica del sexo anónimo entre hombres*” argumenta en que fue su aproximación sexual en campo lo que le “permitió dar sentido al placer sexual con extraños, acercarme a lo que se supone que se limita al ámbito de lo íntimo, conocer las prácticas sexuales desde la perspectiva de la experiencia, reconocer cómo tocar, seducir y excitar. Es una participación activa que demuestra que un enfoque que utiliza la actividad sexual en el trabajo de campo puede convertirse en el punto de partida para generar el análisis de las relaciones sexuales que tienen lugar”. (Langarita, 2017: 11).

En este sentido, fue necesario para mí pensarme cómo me iba a relacionar con mi objeto de estudio, qué límites iba a poner, cómo los iba a mantener y qué límites podrían implicar esos límites. Como individuo, me resultaba complicado tener sexo anónimo. Me refiero a la corporalidad del otro cuando cara no se ve, pues no era un problema para mí tener sexo con alguien que había conocido una noche o durante una primera cita o sin si quiera una cita. Lo que me cohibía de entrar en relaciones sexuales dentro de los dark rooms era la oscuridad: el anonimato del cuerpo, no de la identidad. Pero el cruising es más que sexo y sexo son muchas cosas.

El sexo en tanto actividad social no se puede limitar solo a la actividad visceral de penetrar, mamar, ser penetrado, dejársela mamar o masturbase entre sí. De hecho, la *Sociología de la Sexualidad* debería, en mi opinión también en pablaras de Guasch, “definir qué es sexo y qué no

lo es, describir qué espacios y tiempos tiene adjudicados, qué actores lo ejecutan y cuáles no, de qué modo lo hacen, y las razones y consecuencias sociales de todo ello” (1993: 106).

Mis interacciones en el campo fueron bastante tímidas al principio: observar, a menudo ser tocado, escuchar, interactuar con las miradas, con los gestos y a veces hasta respirar son acciones que, si bien no se pueden catalogar como sexuales a simple vista, ya me vuelven parte de las interacciones del cruising dentro del dark room. Pero además sentir deseo, miedo, vergüenza y hasta ansiedad se vuelven sensaciones y emociones sexuales “a partir de las cuales yo podría obtener datos de campo y hacer una interpretación de la realidad que se presentaba ante mí. (...) pude interpretar la calidad de una *performance* sexual a partir de mi propia sensación corporal de la misma forma en que las comedias me hacen reír y los dramas, a veces, me hacen llorar” (Díaz-Benítez, 2013: 19)

Así que sí fui parte del cruising desde el principio y, aunque el sexo en el dark room es importante, recordemos que aquí tienen lugar otro tipo de interacciones que se distinguen del sexo por el propósito con la que son llevadas a cabo: el robo, el entrar sin pretensiones sexuales solo por curiosidad, por ejemplo. Si bien el argumento de Díaz-Benítez puede usarse en mi contra dado que mi propósito era investigar, entender una realidad en particular, aunque para hacerlo debía involucrarme sexualmente. En este sentido, mi propósito se volvió sexual pero además también investigativo o se volvió sexual porque era investigativo.

A pesar de las interacciones tímidas que describo, sí tuve sexo y sentí las complejidades del campo desde mi primera vez ahí:

Teníamos derecho a una cerveza cada uno, pero después de dos sorbos ya estábamos en el Dark Room. No voy a mentir, la curiosidad científica se fue a la mierda, aunque a

veces iba y volvía la desgraciada. Entrar fue raro, porque fue un mix, como todo con él. Era una mezcla de lujuria, desde luego; algo de miedo, tengo que admitirlo, no por él, por el lugar; y un poquito de intriga, pero solo un poquitito, I mean, iba a ser usuario de mi objeto de estudio, iba a ser mi propio objeto de estudio.

(Notas de mi diario de campo, 5 de octubre de 2017).

Mi primera vez en campo fue con Lorenzo. Lorenzo fue un *summer love* muy largo que conocí durante mis primeras semanas en Barcelona. En campo ocurrió lo que Bailey (2013) define como una implicación de la *etnografía performativa*: la disolución de la frontera entre investigado e investigador.

La etnografía performativa la define Bailey en Lane (2016) como “la práctica por la cual el investigador introduce su cuerpo directamente en el proceso por el cual la formación cultural que está siendo estudiada es producida” (638). Bajo esta perspectiva, resulta evidente que mi implicación en el campo atraviesa es performática, no solo por problematizar el estar/ser el campo, sino además por mi interseccionalidad. Si puedo usar los sentimientos y emociones que suscito en otros, y que yo mismo tengo, para obtener datos que dan cuenta de la realidad en las que estoy inmerso (Díaz-Benítez, 2013: 19) y además soy consciente de los procesos de cosificación de los que soy parte como biracial, implica que esa ventaja residual, ese erotismo ilícito del que hablaba antes, lo puedo usar de manera consciente para recolectar datos que den cuenta de la realidad que vive un marica biracial en el cruising.

Ahora, el uso del erotismo ilícito consciente era necesario para llevar a cabo una etnografía performativa, incluso en las entrevistas. El hecho de que estas no fueran estructuradas permitió que algunos participantes obviaran mi identidad étnico-racial y se dedicaran a hablar de cómo se

sentían con la idea de un dark room, cómo percibían la escena gay en Barcelona, entre otras cuestiones que igual son necesarias para este proyecto. Pero sí hubo algunos participantes con los que llegué a entablar diálogos acerca de cómo me percibían, casi siempre desde la pregunta “¿Cuál es tu tipo?”.

Gamson y Moon (2004) retoman trabajos como los de Whittier y Simon (2001) en donde se examina el criterio de selección sexual, es decir, el “tipo” de personas que los individuos encuentran atractivas y qué factores contribuyen a dicha preferencia sexual. “(...) En su vida diaria, según sugiere su estudio, las personas no ven el género, la raza, la etnia y la edad como categorías discretas de deseo; en cambio, experimentan el deseo a lo largo de las intersecciones” (54). En este sentido, aunque las preguntas que surgían del diálogo no se planteaban para que los entrevistados dieran cuenta de una categoría en concreto –pues además de marica y biracial, también soy un hombre joven con cierta contextura física y con un tipo de masculinidad no tradicional–, sí terminaban dando cuenta de una en particular: la étnico-racial.

X: [Me gustas] Porque eres moreno, eres lindo y un poquito flaco. Me gustan mucho las diferencias, no me gustan chicos que se ven como mí³⁴... no me gusta rubios, no europeos del norte, no me gusta. Me gustan latinos generalmente, porque te dan más de... calor, de forma de ser, de estar juntos. Me dan más de calor, son más amables y me gusta la diferencia, diferencia de cómo se comportan, pero también la diferencia de cómo se ven. Un poquito morenitos... me gustan mezclas...

A: *Y ¿por qué te gustan morenos?*

³⁴ Aunque el entrevistado habla bien español, tiene algunos errores en su uso. Fue él quien insistió en responder en ese idioma.

X: Buen pregunta³⁵. Siempre he estado con morenos, siempre.

A: Pero ¿solo un gusto, un fetiche o qué?

X: Fetiche... es un gusto intenso, casi un fetiche.

(Extraído de las entrevistas)

Así pues, es claro que, aunque el entrevistado menciona varias categorías que son relevantes en las maneras en que él me percibe: “moreno”, “flaco” y “latino”, es su énfasis en “la diferencia” y en su gusto por las “mezclas” lo que resulta más notable. Como apuntan Whittier y Simons, no se me ve desde una categoría, sino desde la interseccionalidad. Sin embargo, el énfasis en una de las categorías da cuenta de las maneras en que él está negociando mi identidad, y es probable que la insistencia en ciertas categorías explique el erotismo, producto del racismo, que le produce que yo sea biracial. Insisto, sin decir que las otras categorías no tuviesen relevancia, incluso las que él no menciona.

Las formas en las que se gestiona el racismo logran objetivar a un individuo, a pesar de que no todas las categorías de su interseccionalidad sean potencialmente cosificables. Cabe destacar que este entrevistado antes había expresado un gusto hacía mí. Esta fue otra estrategia aprovechada desde mi performance porque, en general, resultaba difícil concretar entrevistas con personas que se encontraban en discotecas o en dark rooms. Incluso cuando ya les había conocido de antes:

³⁵ Otro error de su español.

(...) siento otra mano entrando en mi pantalón, la retiro y le digo qué no, qué gracias –Are you sure? – Yeap, continua hasta que le retiro la mano una vez más, ahora un poco más brusco, se va 10 segundo y vuelve, esta vez con la linterna del celular encendida.

– I’m just looking for my t-shirt, sorry.

– Don’t worry... ehm... ehm... ¡¡JUAN JOSÉ!!

– Oh my god I know you, right?

Conocí a Juan José y a su novio en un brunch hace unos 7 meses por un amigo que daba una fiesta en su piso. Algo muy tranqui: 11 de la mañana, huevos revueltos, croissant, jugo de naranja y una raya de coca en el plato. Juan se crio en un país latinoamericano, pero por alguna extraña razón, que hasta ahora no logro entender, habla mucho mejor inglés, aunque se le da bien el español. Hablamos un rato y en 2 minutos le conté mis intenciones en el dark room, él no me contó tanto las suyas, pero se comprometió a darme una entrevista. Para mí era suficiente.

(...) Tiempo después Juanjo me pedirá que no le hable del tema y no me dará la entrevista porque ya le da ansiedad el solo hecho de hablarme. La ansiedad de no ser anónimo anymore.”

(Notas de mi diario de campo, 12 de mayo de 2018).

Así que una de las estrategias consistía en ahondar sobre mí interseccionalidad con gente a la que yo sabía que le gustaba. Bien porque hubieran tratado de *ligar* en el *dark room* conmigo o algunos que conocía por *Grindr*. Ya sé que se podría pensar en datos viciados, si consideramos que el entrevistado operaba en función de quedar bien ante mí como objeto de deseo. Pero para evitar que los entrevistados se cohibieran de dar cuenta, por ejemplo, de mi biracialidad y sus

prejuicios, mi estrategia era legitimar sus ideas alrededor de mi cuerpo exotizado para tener la mayor cantidad de información posible. De esta manera, incluso las entrevistas se volvieron un performance para mí, pero ¿cuándo no lo son?

Aquí cabe reflexionar sobre algo más: ¿existe una paradoja en la jerarquía entrevistado-entrevistador³⁶ en este escenario en particular? El entrevistado sabe qué está haciendo, el propósito, los temas y demás. La paradoja en la horizontalidad reside en legitimar los prejuicios del entrevistado hacia mí, pese a que yo no los comparta, mientras recolecto la mayor cantidad de datos sobre los modos en que el racismo que me cosifica despierta sensaciones eróticas en él. Es decir, permito esa exotización en mi presencia, lo cual indiscutiblemente me ubica por debajo en una jerarquía racial y sexual, pero ese permiso que doy lo hago para lograr mi cometido como etnógrafo, en el que no hay horizontalidad con su objeto de estudio.

Suárez-Krabbe (2011) insiste en repensarse las relaciones jerárquicas con el objeto de estudio en aras de decolonizar la metodología. Por supuesto la autora se lo está pensando en otros escenarios, ella se refiere específicamente a su trabajo doctoral con los *mamos*, en la Sierra Nevada de Santa Marta. Es claro que es impensable asimilar este escenario con el explicado antes, no hay manera de homologar ninguna situación aquí. Y sin embargo me pregunto ¿existe una jerarquía en la que yo esté por encima?, ¿es posible dividir el hacer del etnógrafo con el ser cosificado? O tal vez la pregunta debería ser: ¿existe una sola jerarquía en esta investigación? Pensar en más de una jerarquía termina por desarticular las interseccionalidades. Y es que es precisamente mi posición como etnógrafo exotizado la que le da sentido a la investigación.

³⁶ Ya expliqué la disolución de la barrera investigado-investigador en campo desde la etnografía performativa que define Bailey en Lane (2016), por eso uso entrevistado-entrevistador.

Entonces las preguntas deberían ser ¿cómo pensarnos en relación con el sujeto que estudiamos cuando este es el opresor?, ¿debería también procurar una horizontalidad para decolonizar la metodología? Si es así, ¿por dónde empezar? Si no lo es, ¿por qué? Investigar puede ser el principio para desmotar cualquier jerarquía en este escenario en particular. Investigar así puede entenderse como un acto de resistencia, pero la pregunta sigue siendo cómo asumirlo.

2.5. Exótico, pero...

Ya he explicado desde mi experiencia, desde la evidencia empírica y desde algunos y algunas autoras cómo se vive y se cimenta el exotismo. Basta agregar una cosa más. Durante la búsqueda de referentes me topé con autores que al escribir sobre exotismo lo hacían desde diferentes ángulos. Leerles me hizo pensar además en las formas en que yo he sido exotizado, en una suerte de niveles que fueron evidentes en el *dark room*.

Quizá apelar a la mirada de un de autor europeo blanco para explicar el exotismo resulta conveniente. Porque si bien, somos los *non-white* quienes lo vivimos y hasta lo podemos llegar a *ejercer*, es el *white* quién nunca lo vive, pero siempre será capaz de ejercerlo sobre otros.

Langerita (2015) explica que en el cruising algunos son considerados como indeseables porque “Su figura está repleta de segundas intenciones que siempre son cuestionadas y son objeto de duda. Como si las personas inmigrantes no pudiesen tener una sexualidad madura (...)” (193). Pero además enfatiza en cómo algunos inmigrantes que son exotizados no son considerados parejas sexuales potenciales:

(...) a pesar de que los negros estén en muchas representaciones sexuales de la homosexualidad por sus dotes sexuales (...) La relación sexual con inmigrantes solo se establece cuando existe un marco social que garantice que se trata de una relación marcada por el paradigma occidental, es decir, cuando se puede comprobar que, a pesar de ser negros o árabes, disponen de suficientes recursos económicos y comparten el estilo de vida occidental. Aunque los hombres negros sean un fetiche, solo se convierten en pareja sexual cuando su capital económico y cultural les permite hacerse visibles en espacios sociales normalizados para la interacción homosexual. Lo que permite erotizar determinados cuerpos no son únicamente valores corporales, sino que también sociales, culturales y económicos (Green, 2008) (Langarita, 2015: 193-194).

Dado que las interacciones sexuales ocurren en un *dark room*, ya hay un filtro económico del que no es necesario ocuparse, pues los hombres que allí se encuentran han pagado un cover y/o consumido algo lo que indica acceso a recursos. Ahora, en lo que a mí respecta sería sencillo afirmar que se me considera lo suficientemente occidentalizado pues al ser biracial se me asigna un estatus social más alto respecto a otras minorías étnicas, lo que da luces para pensar una nueva jerarquía racial (Curington et al., 2015: 767). Mi hipótesis es que mi background mestizo contribuye a que se me perciba como lo suficientemente occidentalizado, sin embargo, resulta complicado asumir dicha percepción.

Pero hay más. Sabiendo que cumplía el filtro económico y cuando, para algunos hombres, cumplía el filtro de occidentalización, las interacciones en el *dark room* conmigo a menudo eran diferentes a las establecidas con un europeo blanco promedio. Ya he mencionado la norma del silencio para lograr un objetivo sexual en el cruising y, además, cómo esta norma no es cumplida, siguiendo a Langarita (2015), por los hombres que por sus atributos están «fuera del

mercado», pues seguirla o dejarla de seguir no va cambiar sus posibilidades sexuales. Sin embargo, algunos hombres con los atributos necesarios para ser considerados atractivos rompían esta norma conmigo.

“Where are you from?, Brazil, right?”, “Hola, ¿te puedo preguntar de dónde eres?”. Estas eran las preguntas más recurrentes con las que se rompía la norma del silencio. Como dije, no se trataba de hombres que necesariamente estuvieran «fuera del mercado», su necesidad no pasaba por improvisar para tener éxito en su objetivo sexual. Pero es difícil apuntar con certeza a una razón por la que lo hicieran. Mis hipótesis, otra vez, es que con estas preguntas querían verificar mis valores sociales y culturales, es decir, verificar que yo estaba lo suficientemente occidentalizado como para iniciar alguna interacción sexual conmigo o buscaran exotizarme aún más con la respuesta que yo pudiera darles, no es igual de exotizable un biracial francés que un biracial brasileiro. Además, no es un secreto que los cuerpos de las y los brasileiros están profundamente sexualizados.

En general yo tenía dos respuestas. Cuando me preguntaban solo de dónde era respondía “Guess” o “Adivina”, con lo que, en casi todos los casos, respondían de vuelta: “Brasil”. Pero cuando la respuesta venía con una presunción, es decir, que preguntaban si era de Brasil directamente, mi respuesta era que no. Ante la negativa, lo siguiente era “¡¡Republica Dominicana!!”. También pasaba que cuando me escuchaban hablar en el bar o en la discoteca se acercaban a decirme que mi español era muy bueno. Otra vez asumiendo que yo era de Brasil.

Como dije, no es tan claro asumir la intención de esta pregunta. Pero ante mis dos hipótesis se podría concluir que para algunos hombres no bastaba con ser biracial para considerarme lo suficientemente occidentalizado. O, además de ser biracial, querían llenar un poco más sus imaginarios sobre mí, para que el ejercicio de exotización fuera aún más erótico.

2.6. Lo no explorado

Este trabajo tuvo mucho de improvisación. Porque “nada es tan secuenciado como lo pensamos, nada es tan pautado como lo hemos inicialmente imaginado, nada es prolijo y producto de pasos pre-vistos. Siempre hay una cuota de improvisación, de andares inciertos, de lo sorpresivo, de lo imprevisto, y enhorabuena que así sea, pues es central para que la investigación continúe en un andar impaciente, inquieto.” (Borsani, 2014: 158). Si el exotismo y mi condición étnico-racial se convirtieron en temas centrales, aunque emergentes, a lo largo de mi investigación la cantidad de temas emergentes abyectos que surgieron no pueden ser condensados aquí. Sin embargo, algunos no se pueden pasar por alto.

Hay una cuestión que no puedo encajar en el relato. No por su falta de relevancia, sino por la complejidad teórica y la demanda de reflexión que requieren. Sería irresponsable de mi parte abórdala a la ligera, quizá porque requiere una investigación aparte. Pero también sería irresponsable de mi parte no mencionarla, porque fue una preocupación con preguntas latentes durante el proceso de escritura y reflexión.

Está esta experiencia con mi ex. Nos quedamos él y yo con un par de sus amigos, una pareja heterosexual, en una casa en Andorra. Era la primera vez que les conocía, bastante agradables ellos. Después de unos huevos revueltos, tocineta y café empezamos a hablar de su trabajo. En realidad, ellos empezaron a hablar porque no sé mucho de medicina y la sangre me da mucho asco. En eso, uno de ellos dice: “No entiendo por qué los gais tienen que hacer un *Pride* si bla bla bla”, lo usual. Estaba de buen humor así que le expliqué.

Tema superado, todo bien, hasta que ella empieza a hablar de los gais a lo que “se les nota que son gais.” Señala a mi ex y dice que se le nota, empiezan a hablar de qué ademanes lo delatan, su entonación y demás. Hasta ahí yo solo veía una *romantic homofobia*, lo usual. Luego me mira y me dice que a mí se me nota más que a él pero que no pasa nada porque, y vuelvo a citar la frase de antes, “*tú eres como oscurito, pero no tanto, más bien claro, pero no tanto. Eres todo lindo*”.

No hay ningún problema con que a mí se me note, porque, otra vez, la eterna identidad en negación y además soy “todo lindo”. No fue la primera vez que me encontré con este tipo de comportamientos. Aunque no me pasó a menudo, no es la primera vez que se me deja de juzgar con el mismo rasero con el que se juzga a un *white*. Pero no me refiero al rasero que pone el foco en cualquier cosa que yo haga para condenarla, me refiero a cuando se me percibe tan *otro* que se me permite casi cualquier cosa. Como a un *alíen*.

¿Cómo se va a juzgar a un *alíen*? Si llega un alíen voy a estar curioso a su comportamiento, porque claramente su comportamiento va a ser diferente. Un alíen es ese *otro* del que se espera cualquier cosa y al que se le permite ser lo que sea porque puede hacer lo que sea. No puedo tratarlo igual porque está muy distante de ser como yo. Soy un alíen porque se me permite “ser tan gay” como yo quiera a pesar de que a los otros no se les permita. Soy un alíen porque me exotizan tanto que ni siquiera se me juzga con el mismo sistema de normas de los *terricolas*.

Esta idea debe abordarse con cuidado, porque sí debe existir un sistema de normas desde el que soy juzgado. Loftsdóttir (2016) hace una reflexión alrededor de los WooDaaBe³⁷ y su presencia como comerciantes en Bélgica. El autor explica que el nivel de exotismo hacia esta comunidad es tal, que a eso mismo se debe su éxito como comerciantes. Se afirma: “(...) Los

³⁷ Se trata de una comunidad nómada islámica que circula entre Nigeria, el noreste de Camerún y el oeste de la República Centroafricana.

WoDaaBe, son bienvenidos solo como exóticos "otros" que viajan por el mundo, en lugar de como trabajadores migrantes que intentan mantenerse a sí mismos debido a la pobreza en casa.” (315).

Loftsdóttir continúa explicando que “cuando [los WoDaaBe] son reconocidos como los otros exóticos, no son vistos como migrantes ni, probablemente, como musulmanes, y como tales no representan una amenaza. Su identificación como hombres exóticos parece neutralizar la amenaza a menudo popularizada sobre el hombre musulmán como amenazante y peligrosa.” (2016: 309). Esta afirmación es interesante para abordar las formas en las que se negocian las identidades a propósito de su interseccionalidad. Pero, además, resulta complementaria para pensar en unos *niveles de exotismo*.

Niveles que se pueden clasificar en clave del *otro* occidentalizado, el *otro* alíen, el *otro* no deseado, el *otro* deseado pero no occidentalizado, entre otros. En todo caso, exotizar no es un ejercicio que dependa exclusivamente de los rasgos del oprimido, es claro que dependerá también del contexto en el que se encuentre. En este sentido, exotizar no pasa únicamente por el erotismo, las maneras de exotizar son diversas y cambiantes. De esto dependerá, ahora sí hablando desde el exotismo, las interacciones sexuales que se puedan tener. Pese a que no se le perciba como un sujeto occidentalizado, ¿es el *alíen* deseado? ¿Cuántas veces fui un *alíen* en el dark room?, ¿cómo se sortea el racismo que excluye y que exotiza?, ¿cómo se excluye deseando?

Antes de continuar al segundo tema es necesario profundizar un poco más en las ideas de Loftsdóttir. No con el ánimo de seguir pensando en los niveles de exotismo, sino para sugerir precauciones al reflexionar sobre su investigación y así saberse alejar de la misma cuando se lo requiera. Más adelante el autor explica:

“Como otros exóticos, asistidos por sus amigos belgas "blancos" y en su mayor parte sin conexión con instituciones formales, los miembros de la comunidad WoDaaBe no necesariamente se encuentran con puntos de vista racistas o anti-musulmanes. (...) su experiencia en Bélgica a menudo difiere de la experiencia de otros migrantes a largo plazo que han sido blancos de racismo y que observan el racismo en el discurso público. A pesar de no tener experiencia general de confrontación racista directa en Bélgica, la racialización sigue siendo una característica importante de la vida de los WoDaaBe en Bélgica, tal como lo sería en Níger.” (2016: 311 – 312).

El autor islandés afirma que, pese a que los miembros de esta comunidad islámica son exotizados, no sufren de racismo. Esta afirmación es preocupante, porque no solo reduce el alcance del racismo en las interacciones cotidianas, sino que además simplifica el problema con el exotismo, llevando a mostrarlo como un tema inofensivo. Más aún al afirmar que su experiencia como sujetos racializados es similar en Bélgica y en Níger. Y aquí es necesario citar a Scott Woods:

“El problema es que los blancos ven el racismo como un odio consciente, cuando el racismo es más grande que eso. El racismo es un sistema complejo de palancas y poleas sociales y políticas creadas hace generaciones para continuar trabajando en nombre de los blancos a costa de otras personas, ya sea que los blancos lo conozcan o no. El racismo es una enfermedad cultural insidiosa. Es tan insidioso que no te importa si eres una persona blanca a la que le gustan las personas negras; Todavía encontrará una forma de infectar la forma en que trata a las personas que no se parecen a usted. Sí, el racismo parece odio, pero el odio es solo una manifestación. El privilegio es otro. El acceso es otro. La ignorancia es otra. La apatía es otra. Y así. Entonces, aunque estoy de acuerdo

con las personas que dicen que nadie nace racista, este sigue siendo un sistema poderoso en el que nacemos de inmediato. Es como nacer en el aire: lo tomas tan pronto como respiras. No es un resfriado que puedas superar. No hay clase de certificación antirracista. Es un conjunto de trampas socioeconómicas y valores culturales que se activan cada vez que interactuamos con el mundo. Es una cosa que tienes que seguir sacando del barco de tu vida para evitar ahogarte en ella. Sé que es un trabajo duro, pero es el precio que pagas por tener todo”. (Scott Woods)

CAPITULO TRES

POR UN AVANCE EN LO *INDIGNO*

“(…) esta conspiración me une a otros, y no de una forma accidental, sino estructuralmente operante. Nunca se hará suficiente hincapié en la función unificadora del silencio, que ha podido ser interpretado por los grandes místicos como la forma por excelencia de la comunicación.”
(Maffesoli, 1987: 1)

3.1. Sobre lo *indigno*

Los estudios de lo *indigno* a menudo son leídos como sensacionalistas y, en el mejor de los casos, se piensa que no van más allá de ser “estudios cool” sin avances relevantes en la construcción de conocimiento. Desde luego que el sexo no es el único objeto de estudio que se considera indigno desde la academia, pero es el que nos concierne aquí. Los estudios de lo sexualmente *indigno* pasan por ser más que eso “cool” que pueda derivar el morbo que destilan. Un morbo que de hecho me interpeló a mí. Más allá de esto, el estudio de lo *indigno*, como cualquier otro estudio, sirve para descifrar, descomponer, entender y proponer

nuevas formas de abordar realidades relegadas. No olvidadas, pero, por su carácter, condenadas a ser pensadas desde la imaginación prejuiciosa.

Dejar de estudiar lo *indigno* desde las Ciencias Sociales es ceder la comprensión racional de la realidad y así ceder el control intelectual, luego el institucional y luego el político. Es perpetuar el adjetivo moral de lo indigno en lo *indigno*. Nuestro estudio de lo *indigno* aquí es sexual, de ahí el morbo que con frecuencia se le adjudica. El mismo morbo que nos aleja de su comprensión y que lo termina controlando. Siempre vale la pena recordar a Guasch cuando dice que “escribir sobre sexo es escribir sobre control social” (1993: 107).

Pero estudiar lo *indigno* desde las Ciencias Sociales no es una tarea sencilla. Implica nuevas metodologías, nuevas categorías, nuevas sensibilidades y nuevos enfoques. Implica adaptaciones. Aunque, ¿no es acaso esto lo que nos demanda el estudio de lo contemporáneo? El problema es que lo *indigno* no es contemporáneo y por eso para su comprensión debemos desatrasarnos.

Dejar el estudio de los dark rooms a otras disciplinas —a las ciencias de la salud, por ejemplo— es dejar de problematizar desde lo social este espacio en particular. La lectura de la ciencia social nos permite resistir a las versiones higienizadas o moralizantes de los dark room, deja en evidencia lo político en lo que aparentemente no lo es. No, los dark rooms no son espacios que “todo lo permiten”, como lo dicen Cardozo-Cruz y Ramírez-Pereira (2015), afirmar esto es irresponsable e incendiario. Es olvidar las complejidades del lugar. Es olvidar todas las variables que interactúan, lo que producen y cómo son producidas. Es olvidar lo *social*, olvidar que desde aquí se desmontan prejuicios mientras se aparta esa imaginación prejuiciosa desde la que se concibe el sexo anónimo.

3.2. ¿Qué son lo dark rooms?

Las respuestas que se puedan generar desde un estudio como éste, no dejan de ser respuestas parciales. El dark room, como el sexo, es multisignificado y resulta imposible condensar todas sus significaciones en una, básicamente porque muchas se excluyen entre sí.

“Depende mucho del contexto, no digo nunca porque una noche me puede traer a un dark room, po en general, creo que tengo un poco de prejuicio. Qué me parece un poco de pringado ir a un dark room. (...) es como un poco de loser, como de: joder, qué necesitado que estás, ¿sabes? No sé, como qué triste tu vida que tienes que ir a un dark room para... para... para comerte una polla.”

(Extraído de las entrevistas)

“Pues realmente, ehm... la sensación fue ehm... no sé, la gente estaba muy dispuesta (...) era como que te sentías respetado y... no discriminado en ningún momento por nada, ¿no? y la situación en concreto fue que... pues había un chico que nos empezamos a... le empecé a... a... comer la polla y de allí salió sí...”

(Extraído de las entrevistas)

(...) no me gusta, me parece un poco... mucha gente... me agobia un poco, con mucha gente que no conozco que no me gusta, que me esté tocando agarrando.

(Extraído de las entrevistas)

“Pues tendría que pensarlo... A mí me parece divertido (...)”

(Extraído de las entrevistas)

(...) fue muy mutuo realmente. Fue muy guay, fue el placer de los dos en todo momento...

(Extraído de las entrevistas)

Vergüenza, seguridad, respeto, agobio, diversión, placer, pudor e incluso amor:

“(…) La lujuria nos vuelve, pero ya son las 3:30 a.m., tenía media hora para volver al hotel y después al aeropuerto, tuvimos que parar.

–Best 6 euros spent in my life, me dijo al salir del antro. Me acompañó hasta mi casa que estaba camino a su hotel (…) la misma idea de “estoy en Roma por una noche, no me romperás el corazón” en *Mad Men*³⁸. Quedé en contacto con él por si alguna vez regresa a Barcelona o yo llego a ir adonde él vive. Él no sabe. Yo tampoco. Fue Roma por una noche. ¿Ya ves?, todo muy italiano. Ciao Lorenzo³⁹.”

(Nota de mi diario de campo: 5 de octubre del 2017 en el *Dark Place*).

O ansiedad.

(…) ya me he puesto un deadline, en 5 minutos voy al baño y sigo para el dark room, pero ¿en dónde me voy a hacer?, ¿cruzo los brazos o los dejo a lo largo de mi cuerpo?, ¿pongo cara seria, enojada, o pokerface?, ¿a quién miro sin que piense que quiero ligar con él?, hoy precisamente mi libido está por el piso y mi paranoia por las nubes.

(Nota de mi diario de campo: 6 de abril del 2018 en el *Lowdark Place*).

O incomodidad.

³⁸ Serie producida por Weiner Bros, Silvercup Studios y Lionsgate; emitida desde el 2007.

³⁹ Tiempo después Lorenzo me dirá: –*Maybe it wasn't completely ephemeral, as you say*. Y en efecto, no lo fue.

(...) él intenta liarse conmigo, pero en sus besos noto una incomodidad súper fuerte, lo paro y me dice –Lo siento, este lugar me perturba mucho, le digo que nos limitemos solo a mirar y ya está. De repente alguien le toca el culo, se altera, pero se incorpora en un segundo.

(Nota de mi diario de campo: 20 de abril del 2018 en el *Lowdark Place*).

O nostalgia.

Este dark room hace que se me vengan los sentimientos por la nariz, apenas llegué, recorrí el rincón donde estuve con Lorenzo, pero me volví rápido. Este dark room, tiene en el fondo del pasillo un dibujo (...)

(Nota de mi diario de campo: 23 de marzo del 2018 en el *Dark Place*).

O desesperación

Un nódulo se empieza a reacomodar, aprovecho y me escabullo un poco, salgo y me agarran con fuerza del brazo, es el puto Moisés – “¿A quién buscas?, ¡¡DIME TU NOMBRE!!”, me grita para aseverar en su insistencia y por el volumen de la música. Lo empujo, encuentro a Marcel y me doy el tiempo de respirar.

(Nota de mi diario de campo: 12 de mayo del 2018 en el *Halfdark Place*).

El dark room no es un *no lugar* (Augé, 2008) como llegué a pensar antes de siquiera ir a campo. El dark room es en definitiva un *lugar*. Augé (2008) explica que hablamos de un lugar si este es relacional, histórico y de identidad (83). Y sin duda el dark room cumple con estos criterios: en él se configuran todo tipo de relaciones, no solo sexuales; por lo descrito antes, es claro que se trata de un lugar que genera historias; y sobre la identidad, ya hemos visto que la cuestión es más compleja. Las categorías existentes, como *HSH*, *homosexuales*,

entre otras, bien contienen una carga moralizante innecesaria por las esferas de conocimientos desde las que son pensadas o bien son limitadas para dar cuenta de los hombres que aquí se reúnen. Sin embargo, espero proponer una alternativa para esto en las líneas que siguen.

Para ello propongo un ejercicio: entender qué no es, para empezar a saber qué es. Vamos a lo básico. Un dark room es un *establecimiento*. Entendamos establecimiento como “todo lugar rodeado de barreras establecidas para la percepción, en el cual se desarrolla un tipo determinado de actividad.” (Goffman citado por Guasch 1991: 119)”.

De momento tenemos entonces que un dark room es un *lugar* y un *establecimiento*. Además, por lo abordado en este trabajo, se puede decir que esos límites que se enuncian, según lo que es un establecimiento, permiten la “espacialización y temporalización del deseo homosexual (...) un espejo de Alicia que posibilita el ingresar a una dimensión donde son posibles los contactos y relaciones homosexuales (...) [una] dualidad “dentro” y “fuera”” (Sevilla y Salazar, 1997: 42).

Con lo anterior en mente, deberíamos ahora entender qué pasa en este establecimiento. Maffesoli (1987) alude a la mafia como *metáfora de la socialidad* y afirma que:

“[La mafia] No se trataba sólo de un simple *private joke* dirigido a unos pocos. En particular, al insistir, por una parte, sobre el mecanismo de protección ante el exterior, es decir, ante las formas dominantes de poder, y al destacar, por otra, cómo el secreto que esto inducía era una forma de unir al grupo y hacerlo más fuerte” (1).

Así, es posible entonces aproximarnos aún más a una definición del dark room. Ya no es solo un lugar multisignificado. Podemos ahora decir que es un lugar y un establecimiento

donde se permite la socialidad. Esta última entendida como una *collective privacy*, una forma de protegerse de la imposición monógama y heterosexual,⁴⁰ desde el secreto, fortaleciendo una solidaridad de base (Maffesoli, 1987: 1). Es esto lo que Maffesoli denomina *socialidad subterránea*.

La socialidad subterránea puede entenderse como:

(...) una especie de actitud de solidaridad ante lo prohibido para transgredir el orden social que rechaza contundentemente las relaciones afectivas o sexuales entre hombres. De los cuales se puede inferir la fuerza de la unión de los hombres que se apasionan sexual o afectivamente por otros, y al mismo tiempo, las luchas que se debaten en una sociedad machista y heterosexista que excluye las prácticas contrarias. (García, 2004: 58)

Antes de terminar, cabe aclarar que hemos hablado de la espacialización, pero no de la temporización. Aunque quizá esto nos vuelva a lo primero:

“– I like the night. It’s more than a period of time, it’s another place. It’s different from where we are during the day.

– We are different from who we are during the day. Little more hidden a little less seen. When life is most like a dream.”⁴¹

La noche es quizá la madre de la oscuridad. Ya he ahondado en la oscuridad como estructura dentro del dark room, ¿es la noche la estructura subterránea en este caso?: “La noche permite que los espacios y el territorio gay⁴² sean vividos con mayor intensidad. La

⁴⁰ En breve volveremos sobre esto porque es necesario problematizarlo.

⁴¹ Tomado de la serie *Hannibal* (2013). Para más información consultar la Bibliografía.

⁴² Para este caso, en vez de “territorio gay” o “cómplice gay”, sería mejor usar “territorio para la homosocialidad” y “cómplice de la homosocialidad” respectivamente.

noche o sus sustitutos se convierten en cómplice gay. Son aprovechados para reforzar el anonimato (...)” (Sevilla y Salazar, 1997: 42).

3.3. Sobre la socialidad

Ya tenemos una definición que se aproxima a lo que es un dark room desde la socialidad subterránea. Donde “el secreto instituye lazos sociales específicos entre los que comparten y respecto de aquellos que no, pero que pueden intuirlo o alguna vez conocerlo. El secreto da lugar así a un tipo particular de interacción y de conflicto” (García, 2004: 29) en el intersticio, donde todos están, pero no todos se entienden, en una privacidad pública o un espacio público que se privatiza. Pero, ¿qué caracteriza dicha socialidad? Volvamos a lo básico, siempre ahí.

Son los hombres quienes están en el dark room, ¿no? Son ellos quienes interactúan, sea cual sea la forma en que lo hagan. Son hombres. Son los hombres quienes se permiten este espacio sin mujeres. Solo con hombres. Son hombres. Son ellos quienes buscan refugio de un mundo heterosexual. Los hombres. Solo entre hombres. Ellos son los que conviven en la socialidad subterránea, y si solo es entre ellos, deberíamos referirnos a la *homosocialidad subterránea*:

(...) lo propio de esa actitud es el favorecer la conservación de uno mismo, un egoísmo de grupo que hace que éste pueda desarrollarse de una forma casi autónoma en el seno de la entidad más vasta. Esta autonomía, a diferencia de la lógica política, no se hace pro o contra, se sitúa deliberadamente al margen (Maffesoli, 1987: 1).

Esta solidaridad que demanda la homosocialidad para su conservación, egoísta de base, y que es abyecta a la regla general, debería inspirar confianza entre sus implicados. Hablamos de unas formas de estar, interactuar, reconocerse y afectarse que no se contraponen ni se integran al sistema dominante, más bien se ponen al margen de este. ¿Cómo lograr esta solidaridad entre los hombres?

Maffesoli explica que debe haber unas formas de reconocimiento para, en este caso, los homosociales. Ya lo hemos dicho en Bourdieu: el deseo de ser reconocible por sus similares pero irreconocible por los que no lo son (2000: 143-144), es decir, por aquellos con quienes se tiene en común unas experiencias y exclusiones, y así una empatía y una complicidad. Maffesoli además afirma que, para reconocerse y compartir en la homosocialidad, son necesarios los rituales, ya que permiten “fortalecer el pequeño grupo frente al gran grupo” (1987: 2): el cruising.

Como se ha afirmado a lo largo de todo el trabajo, el cruising es literalmente un ritual de interacción que permite reconocerse, comunicarse, encontrarse y tener sexo. O no hacerlo. El cruising es ese ritual que, no solo proporciona un lenguaje para la homosocialidad, sino que permite la configuración de esta al margen de la regla, lo que la hace subterránea. Este ritual logra que la homosocialidad emerja desde la astucia y no desde el ataque, visible pero invisible.

Pero volvamos al dark room. El cruising que aquí se da no ocurre en un parque, en una playa o en un baño. Ocurre precisamente en un lugar diseñado para el encuentro. Un lugar seguro para esto. Y aunque ahora es claro que no deja de ser un lugar abyecto, hay una tensión que no se puede desconocer.

La socialización de nosotros, los hombres, es heterosexual y masculinizada. No existe una socialización primaria (Berger y Luckmann, 1998) homosexual. No se nos educó para amar románticamente a los hombres y así mismo se configuraron nuestras masculinidades. No se nos educó para ser cuidadores o para validar otras maneras de expresión de género que no fueran las tradicionales, bruscas, dominantes y opuestas a lo femenino. ¿Por qué esperar entonces que los hombres que homosocializan en dark rooms no tengan comportamientos heteronormados a pesar de que están un lugar al margen de la norma?

No pretendo ser simplista y afirmar que las sexualidades y masculinidades de los hombres son iguales. Tampoco desconozco los procesos que se dan en la socialización secundaria una vez son asumidas orientaciones sexuales no-hetero. Y es que precisamente entender las masculinidades es:

“comprender los significados y el modo en que nuestra sociedad gestiona el orden social. La masculinidad incluye lo que nuestra sociedad define como normativo, bueno, ordenado, y recomendable para los varones; pero también engloba lo que en ellos se considera inadecuado, desordenado o abominable. Esta es una definición normativa: las sociedades definen cómo deben ser los varones.” (Guasch, 2008: 33).

Mediante transcorre la socialización secundaria, estas normas no se diluyen en todos. Y en quienes lo hacen, tampoco desaparecen por completo. Estar en un lugar abyecto no nos hace abyectos. En este caso, hace que en gran medida el modelo del que el dark room supuestamente se aleja se reproduzca ahí mismo. Cabe aclarar que no estoy entendiendo “la heterosexualidad y la homosexualidad como realidades opuestas, porque forman parte del mismo modelo de sexualidad” (Guasch citado en García, 2004; 67). La tensión que expongo reside entre lo abyecto y lo normado.

El dark room es, pues, un lugar de tensión. Un lugar que permite la homosocialidad subterránea, pero que reproduce el modelo del que escapa. Un lugar abyecto a la norma que no logra desprenderse totalmente de ella. Un lugar que posibilita unas prácticas que dentro de la norma no son posibles, pero que en sus formas siguen ciñéndose a ella.

El deseo está normado y no basta con entrar y salir de lo abyecto para deconstruirlo. Se sigue deseando a un hombre varonil: *–A mí me encanta el sexo, eso sí entre machos, nada de plumas ni muñequitas*⁴³. Se siguen reproduciendo formas de racismo: *–Me gustan mucho las diferencias, (...) morenitos... me gustan mezclas (...) es un gusto intenso, casi un fetiche.*⁴⁴ Y, a menudo, se sigue olvidando el cuidado por el otro: *– (...) del rollo “te estoy dejando que me la chupes, no que me beses” y me besaba (...)*. La solidaridad egoísta que les une entre sí, es eso, egoísta. Existe porque en otras circunstancias, esas formas de estar no serían tan posibles.

3.4. La categoría

Durante todo el trabajo me referí a los hombres que frecuentan dark rooms, como eso, como *hombres*. Ya he insistido bastante en el problema de las categorías que se usan al escribir e investigar sobre sexo. Quizá desde lo anterior sea posible enunciar una categoría más precisa que englobe a los individuos inmersos en las prácticas, tensiones, rituales y espacios que implican el cruising. Pero vamos descartando.

La categoría hombres no es una categoría exacta. Por obvias razones es una categoría que no se enuncia necesariamente desde la sociología de la sexualidad, y es bastante amplia para

⁴³ Este fragmento de un diálogo se enuncia en el capítulo 1, se escucha en el Lowdark Place.

⁴⁴ Este fragmento es de una entrevista que se enuncia en el capítulo 2.

hablar sobre los hombres que nos interesan aquí. No todos los hombres llevan a cabo prácticas homosexuales. Y sí, admito que referirme a los hombres que frecuentan dark rooms como hombres fue un truco enunciativo en los capítulos anteriores para permitirme este debate en este último.

No todos los hombres tienen prácticas homosexuales, pero incluso quienes sí las tienen, no se identifican directamente como *homosexuales*. Usar esta categoría también es complejo, porque implica una serie de valores, ideas y estilos de vida que no son aplicables a todos los hombres que frecuentan dark rooms. Hay bisexuales que van a dark rooms, hay incluso hombres que se identifican como heterosexuales y tienen sexo con otros hombres. El mismo “termino “homosexualidad” está encontrando cada vez más rechazo, al considerarlo demasiado limitado en lo que se refiere a su significación e implicaciones” (Gutmann, 1998: 11)

Por otro lado, creo que ya he arremetido bastante contra la categoría *HSH* u *Hombres que tienen sexo con hombres*⁴⁵. Y quizá nunca sea suficiente. Por ahora retomaré en que esta categoría se construye desde la epidemiología para estudiar únicamente la propagación del VIH entre los hombres que tienen sexo con otros hombres. Pensé en algún momento en usar esta categoría a manera de reivindicación política, porque, a primera vista y alejándonos del discurso de salud pública, funcionaría. Pero la categoría tampoco logra dar cuenta de los hombres que aquí nos interesan. No todos los hombres que tiene sexo con otros hombres lo hacen de forma anónima o en lugares de cruising o en dark rooms. Está también el sexo

⁴⁵ Para más información revisar la primera parte del Capítulo 1.

romántico, el sexo pagado o el sexo por placer que tienen una serie de rituales sí, pero que no son los mismos a los que nos referimos aquí.

Usuarios es una categoría que tienden a usar diversos autores en este tipo de investigaciones. Pero quizá esta no termina siendo tan precisa para referirse a los hombres que llevan a cabo el tipo de prácticas en cuestión. Es decir, la categoría no problematiza en los elementos sociales que interpelan a los individuos que estudia.

Ahora bien, sé que el nombre de esta categoría puede resultar poco atractivo, pero me parece conveniente acuñar el concepto de Maffesoli. No solo por el uso del recurso etnográfico, sino además porque ya he explicado cómo se configuran unas formas de interacción, unas prácticas, unas tensiones y unos lugares alrededor del cruising. Estaría bien llamarles *homosociales subterráneos*.

Por homosociales subterráneos se entenderán a los hombres que comparten una serie de códigos, intereses, experiencias y comportamientos que, no solo les permite reconocerse entre sí, sino que además les permite llevar a cabo determinadas prácticas ritualísticas que no son permitidas dentro de las reglas generales que rigen el encuentro público y privado entre hombres. De esta manera, estos hombres no tienen necesariamente un fin político de transgredir el modelo heterosexual y monógamo, sino el de ubicarse al margen de este para permitirse estar en secreto. Para permitir que sus maneras de relación logren mantenerse en el intersticio, ni en lo público ni en lo privado. Pero en lo público y lo privado al mismo tiempo (Maffesoli, 1987).

Esta categoría no solo es aplicable para los hombres en el contexto del dark room, sino para los hombres que, en general, practican el cruising.

3.5. Más allá –o más acá– de la homosocialidad subterránea

Quiero pensar que he sido bastante preciso al definir que es un dark room y también quienes son los hombres que lo frecuentan. O al menos me he aproximado a una precisión. Mi intención con esto no es otra más que intentar un avance en el debate en la sociología de la sexualidad y lo indigno para, en algún momento, ponernos a la par con la cantidad de debates que se formulan desde la salud pública y la epidemiología en lo que concierne a los homosociales subterráneos.

Se me hace necesario precisar aquí sobre un elemento más que siempre se aborda en los estudios sobre sexo homosexual: el cuidado. Desde luego no se le llama así y su foco se centra en la transmisión del VIH. En concreto me referiré al cuidado del dark room y a mí cuidado como etnógrafo.

Para el primero, es necesario retomar a Reece y Dodge (2004). Los autores llevan a cabo una investigación que da cuenta de los efectos positivos y negativos del cruising en un *college campus*. Estas formas de cruising tienen lugar en espacios que, contrario a los dark rooms, no están diseñados para ello. Sin embargo, algunas perspectivas de análisis enunciadas en su investigación serán retomadas para examinar el impacto de los dark rooms en la salud de los homosociales subterráneos

Exploring the Physical, Mental and Social Well- Being of Gay and Bisexual Men who Cruise for Sex on a College Campus (Reece y Dodge, 2004) es un trabajo que hace un esfuerzo por avanzar en la “gran necesidad en el campo de la salud pública para ver la “salud” como un concepto mucho más multidimensional y, en relación con los comportamientos sexuales, uno que abarca mucho más que el riesgo del VIH / ITS.” (Reece

y Dodge, 2004: 126). Es por esto que los autores no analizan solo la dimensión física de la salud, sino que introducen dos dimensiones más: la salud mental y el bienestar social.

Desde la salud mental podemos afirmar que el dark room logra satisfacer sexualmente a quienes lo frecuentan. Por la lógica del espacio y la oscuridad, el dark room logra, en la mayoría de los homosociales subterráneos, suplir necesidades que no son fáciles de llevar a cabo fuera de él. Es más fácil el cruising en el dark room que en una plaza. El dark room permite “convertirse en disoluto sin ser juzgado. [Son] Espacios para disfrutar del sexo con desconocidos (...) Donde la hegemonía heterosexual parecía aplastante e invencible, pero deviene endeble” (Langarita, 2015: 112). Existen diversos estudios que analizan la relación entre la satisfacción sexual con la salud mental y el bienestar de los individuos, por lo que es innegable la importancia de la dimensión sexual en el desarrollo psicosocial.

Sin embargo, Reece y Dodge encuentran que muchos de los usuarios entrevistados “se describieron a sí mismos con una historia de problemas de imagen corporal, en su mayoría sintiendo que su cuerpo no cumplía con los ideales culturales de la belleza física, en particular los de la comunidad gay” (2004: 125). Para el caso de los dark room, esto no es la excepción. Según la evidencia etnográfica, se puede afirmar que particularmente los hombres viejos, no tienen de otra que hacer de voyeurs. No es que ser voyeur sea un rol irrelevante, sino que estos hombres no tienen necesariamente elección. Las interacciones sexuales directas con ellos no son frecuentes al no reunir uno de los atributos más valorados en el mundo gay: la juventud.

Mientras algunos somos validados otros son invalidados. Esta polaridad puede causar serios problemas de autoestima y salud mental hacia las personas que son relegadas. En el

dark room se logra satisfacer las necesidades sexuales de muchos, mientras se excluye a otros. Los relegados entre los relegados.

Pero hay que matizar un poco. Vale la pena preguntarse en general sobre los cuerpos diversos. Por poner un ejemplo el mío. Sí que estaba siendo validado por la atención que recibía y el acceso a interacciones sexuales directas no era un problema. Pero después de comprender que en gran parte esto se debía a la racialización de mi cuerpo, surgían preguntas como ¿soy atractivo o solo exotizado? Y desde luego que esto no ocurría solo en los dark room. En general, ocurre en la vida cotidiana, pero en los dark room esta preocupación se acentuaba en el plano sexual tomando la forma de cosificación.

Pasando a la dimensión del bienestar social, los autores explican el apoyo que pueden recibir algunos hombres para aceptar identidades y orientaciones sexuales que no se ajustan a la norma. Como hemos señalado, el dark room es un lugar que contiene tensiones, pese a estar abyecto a una norma heterosexual llega a reproducir mucho de ella. Pero también el mundo gay. Así que no hay razón para negar que la libertad sexual que pueden proporcionar estos lugares para experimentar con personas de su mismo sexo no constituya un punto importante en el desarrollo sexual (Reece y Dodge, 2004: 127), a pesar de que esa libertad no deje de adscribirse a una lógica heterosexual

Por otro lado, sí que debería examinarse la incompatibilidad de los dark rooms con las relaciones de amor romántico monógamo en tanto regla. Reece y Dodge encuentran que esto es un problema para algunos entrevistados. Sin embargo, nada de esto constituyó una preocupación entre los entrevistados, por lo que no se puede hablar mucho de esto

Finalmente, en la última dimensión, la salud física, es quizá donde más énfasis haré. Pero cuidado, no pretendo con esto perpetuar la estigmatización que se genera hacia nosotros los maricas. El énfasis se hace precisamente para aclarar con más ímpetu los imaginarios alrededor de las enfermedades de transmisión sexual: “No es lo mismo lo que el poder entiende por el culo de un marica, que lo que un marica entiende por su culo” (Vidarte en Sáez y Carrascosa, 2014: 146).

Desde la espacialidad, los autores encontraron que “el espacio físico del campus influyó en la naturaleza de los comportamientos sexuales que podrían realizarse” (Reece y Dodge, 2004: 121), reduciendo así, la penetración anal sin protección⁴⁶. Esto es homologable para lo dark rooms pues, según lo encontrado en la etnografía, se pudo determinar una relación entre la complejidad arquitectónica del espacio y el tipo de prácticas que se llevaban a cabo. Así, si el dark room tiene espacios más especializados, como cabinas y demás, se pueden llevar a cabo prácticas que requieren más logística, comparado con los dark rooms que cuentan con una arquitectura menos compleja.

Pero la complejidad arquitectónica no es el único el elemento que influye en los dark rooms. Se ha hecho suficiente énfasis al explicar la cualidad estructural que tiene la oscuridad, lo que esta permite, no permite, dispone y también las formas en que es trasgredida. El problema de la oscuridad dentro los dark rooms, hablando en términos sexuales, reside en que no es posible identificar con claridad lesiones que puedan advertir sobre algún tipo de enfermedad sexual que tenga el sujeto con el que se va a interactuar.

⁴⁶ La penetración anal se considera como una de las practica con más riesgo de contagio.

El sexo oral es la práctica sexual más generalizada en los dark rooms, la logística que este demanda no es muy compleja. Así mismo, se tiende a pensar que es de las prácticas sexuales que involucran los gentiles que menos riesgo tienen. Y sí, tiene menos riesgo para contraer el VIH, por ejemplo. Pero no se pueden obviar otras enfermedades, agentes virales o bacterianos.

Durante mi trabajo de campo, uno de las medidas de control que tomaba, era hacerme el examen de detección de ITS cada tres meses en el programa *Drassanes Expres*. Se trata de un programa coordinado por el Servicio de Enfermedades Infecciosas y el Servicio de Microbiología de Vall d'Hebron, que permite saber en tres horas, tras el examen, si se ha contraído algún tipo de infección. Este programa, además, contiene información en tiempo real sobre el estado de la población en términos de ITS⁴⁷.

Para el 2 de enero de 2018 me hice un examen. Mientras me sacaban sangre y demás se me informó que había un brote significativo de sífilis en Barcelona⁴⁸, me explicaron qué medidas tomar para identificarlo. Por los mismos meses, sale un artículo sobre la supergonorrea, una cepa de la gonorrea que resiste a los antibióticos con que se trata usualmente⁴⁹.

Mi punto con estos datos no es presentar un análisis epidemiológico, sino alertar sobre la responsabilidad. Pero no me referiré a la responsabilidad de los homosociales subterráneos,

⁴⁷ Para mayor información consultar en <http://catalunyaplural.cat>: Pruebas expres: saber en tres horas si tienes una Infección de Transmisión Sexual y entrar en tratamiento en menos de 72

⁴⁸ Para mayor información consultar en <https://www.lavanguardia.com>: Aumentan los casos de sífilis y gonorrea en Barcelona

⁴⁹ Para mayor información consultar en <https://www.elspectador.com>: Reportan dos nuevos casos de "supergonorrea"

porque “La historia social del sida [y de las demás ITS] ha sido, en buena parte, la historia de la culpabilización de las víctimas” (Sáez y Carrascosa, 2014: 139).

Helquist y Osmon (2013) examinan la responsabilidad que tienen los *sex businesses* en la salud de los hombres que los frecuentan. Se tienen en cuenta condiciones sanitarias del lugar, advertencias frente a prácticas de riesgo y el acceso a protección y lubricante.

El *Lowdark Place* contaba con acceso a condones gratis y en la entrada del dark room tenía un cartel que sugería su uso. Había un baño dentro del dark room y otro fuera de este. Cada hora aproximadamente se hacía aseo y se contaba con dispensadores de papel higiénico. El *Halfdark Place* no tenía acceso a protección ni advertía de su uso, no tenía control de higiene y aunque el baño de los hombres estaba muy cerca al dark room, había que salir para acceder a él. Por otro lado, el *Dark Place* no tiene acceso a condones, no advertía sobre su uso, no tenía un control higiénico y el baño de hombres está bastante lejos “(...) salimos de lo dark a lo no tan dark, Lorenzo me mira, se ríe, me toma de la mano y me lleva de prisa al baño. Yo ya me imagino que pasa (...)” (Nota de mi diario de campo: 5 octubre del 2017).

No hay una política de cuidado agenciada por los dueños de los dark rooms. El dark room no nos cuida. Ni como homosociales ni como clientes. No se trata de desalentar el acceso a estos espacios, porque como se ha visto, resultan supremamente importantes para los hombres que se los pueden permitir. Se trata de brindar los elementos y advertencias pertinentes para desalentar y reducir el riesgo de los homosociales subterráneos que aquí follan. Riesgo a sentirse discriminados, excluidos e infectados. Se trata de volver estos espacios de seguridad, espacios aún más seguros entre y para nosotros.

Ahora bien, sobre mi cuidado y mis límites como etnógrafo cabe precisar una última cosa. Los límites que decidí ponerme en relación a las prácticas sexuales con mi objeto de estudio se debieron, en primer lugar, a mis propios estándares de protección. Pese a que soy consciente de que gran parte del estigma de infección en torno al sexo homosexual es producto de la mediatización que nos sigue mostrando como los enfermos, no podía desconocer que existe un riesgo y que soy vulnerable a cualquier tipo de contagio.

Por otro lado, al ser un homosocial subterráneo dentro del dark room, sentía la responsabilidad de cuidarme para cuidar también a los demás homosociales subterráneos con los que yo interactuaba. La ética investigativa en campos de estudios sexuales también debe preocuparse por el riesgo que asumo yo y que los otros asumen al interactuar conmigo. El etnógrafo debe adoptar una política de cuidado consigo mismo para cuidar a los demás.

CONCLUSIONES

Este trabajo sin duda dejó más preguntas que respuestas. No solo para la sociología, sino también para mí y enhorabuena. La etnografía como tal tuvo mucho de improvisación. Desde el comienzo supe que sería así, pero no tanto. Tuve que improvisar hasta conmigo mismo. Para ser sincero, las preguntas sin respuesta y la improvisación, que se notó pero que se supo direccionar —o al menos eso quiero pensar—, me dejan un gran aliciente como investigador. Entré con la sensación de tener que responderlo todo. Y quizá me pude responder mucho con nuevas incógnitas.

A los dark rooms a los que le tuve miedo y me generaron morbo al principio, les cogí cariño. Mucho. De hecho, me fui a despedir. Una semana antes de irme de Barcelona tuve que volver a decirles adiós. También a decirles gracias. Aunque también que espero que cambien.

Ya había escuchado sobre el cruising antes. Nunca lo había practicado. El dark room me mostró que existen muchas formas de hacer cruising, este no varía solo por el lugar *per se*. Es diferente hacerlo en el parque o en el muelle, sí; pero también difiere de dark room a dark room. Por ejemplo, a lo largo del estudio encontré una relación inversamente proporcional entre la oscuridad y la complejidad arquitectónica: a mayor oscuridad, menor complejidad. Esto fue crucial para entender cómo se están diseñando estos lugares y, a partir de esto, cómo los *homosociales subterráneos* interactúan, qué estrategias usan, cómo las usan, por qué las usan, qué elementos manipulan a su favor y qué elementos procuran subvertir.

Se encontraron también relaciones directas entre complejidad arquitectónica y tipo de prácticas. Ante mayor complejidad arquitectónica, mayor era la diversidad de prácticas llevadas a cabo, es decir, más prácticas de riesgo eran posibles debido a la especialización espacial. Así mismo con la oscuridad: si había una cantidad de oscuridad considerable, los comportamientos se desinhibían con más facilidad que si la oscuridad llegara a faltar.

Pero la negociación con la arquitectura y el espacio no se da solo para tener sexo. Aquí también se negocian identidades, imaginarios, cuidados, anonimatos y experiencias. Esto es, socialidad. Una socialidad tan compleja que, además de configurarse desde el deseo homosexual que aún se tiene que esconder, es útil y entretiene. Permite esa emoción de no saber con quién se folla o de quién es esa polla o ese culo o esa boca o esos dedos o esos labios. Una socialidad que además se configura tanto como la oscuridad lo permita, tanto como el espacio así lo valide. Entre todas estas ambivalencias es que se tienen que mover y sortear los hombres que asisten a dark rooms.

Pero no dejan de quedar algunos por fuera, ¿cuántos llegan a la oscuridad del dark room huyendo de la homofobia y de los estándares de belleza homosexual, para luego darse cuenta de

que las cosas no difieren mucho allí? ¿Cuántos llegan a la arquitectura del dark room buscando un lugar seguro, para luego encontrarse con que este no necesariamente les cuida? ¿Cuántos ni siquiera alcanzan a entrar? El dark room, pese a ser un lugar seguro y abyecto, le falta mucho para incluirnos.

El 19 de Enero del año en curso se inauguró el *Centro LGBTI de Barcelona*, un “equipamiento municipal de referencia en el ámbito de la diversidad sexual y de género dirigido a la ciudadanía”⁵⁰. Este es sin duda uno de los avances más significativos para la ciudad en materia de diversidad. En general, en los últimos años se han adelantado gestiones importantes en términos de visibilización sexual. El dark room, el *Sex Businesses*⁵¹, debería trabajar de la mano con este tipo de instituciones y proyectos. No solo en aras de proteger a sus clientes sino, además, para ir en pro de una lógica que nos permita salir de ese subterráneo. O al menos en donde se avance para que no se nos condene por esto

No se trata de desalentar la asistencia a los espacios socio-sexuales que describimos aquí. Insisto, se trata de hacer esfuerzos para hacerlos lugares aún más seguros para nosotros. Espacios donde la homosocialidad sea aún más inclusiva. Desde luego hay que criticarles cada vez que se deba, “No por cuestionar las dinámicas homosexuales contemporáneas se contribuye a la homofobia estructural, sino que, por el contrario, puede resultar ser una contribución necesaria para promover la aceptación social de un mayor número de personas.” (Langarita, 2015: 232)

Y esto deja aún más en evidencia. ¿Qué pasa con los hombres que no tienen un capital económico sólido o una red social que les permita vivir su sexualidad con libertad? “El

⁵⁰ Tomado la página web oficial del Ayuntamiento de Barcelona. Para mayor información consulte *Centro LGBTI de Barcelona* en el portal *Ajuntament de Barcelona*.

⁵¹ Helquis y Osmon 2003

movimiento gay nace para combatir la homofobia, y al final cierta parte del movimiento dice exactamente cómo tienen que ser las personas homosexuales. Si eres pobre, viejo y homosexual no tienes visibilidad social.” (Guasch, 2011). Ya hemos visto los efectos positivos en términos mentales, físicos y de bienestar social que pueden ofrecer el cruising y los dark rooms. Pero valdría la pena además minimizar o anular los efectos negativos que también generan.

Quizá estoy pidiendo mucho. Quizá esta discusión deba abordarse desde los estudios queer. Sí, quizá estoy pidiendo mucho.

Mi estancia en el dark room removió mucho de mi subjetividad. Uno de los hallazgos más importantes fue evidenciar el poco avance desde las ciencias sociales en materia de identidades raciales híbridas. Existe una cantidad importantísima de estudios étnico-raciales que evalúan los desbalances de poder, el racismo y demás en relaciones interraciales, pero es preocupante la literatura tan limitada que existe para dar cuenta sobre los *cuerpos frontera*.

Contar mi historia, no solo como etnógrafo, sino también como individuo contribuye al avance de dicho vacío en la literatura. Porque si no hablo yo, van a hablar por mí. Trabajos como los de Allen (2011), Bailey (2013), Moore (2011) y Miller-Young (2014) según Lane (2014) hacen una gran contribución porque:

Primero, agregan información sobre las experiencias vividas de la subjetividad sexual negra al registro etnográfico. Al agregar estas experiencias al registro, se convierten en parte del limitado pero creciente cuerpo de conocimiento disponible sobre las experiencias cotidianas de los negros dentro de la diáspora africana. En segundo lugar, ponen la teoría feminista negra y la teoría queer negra para uso "en el campo". Al hacerlo, ponen a prueba las intervenciones, los conceptos y los enfoques que se han desarrollado utilizando estas lentes críticas, lo que

nos permite ver qué sucede cuando los cuerpos teóricos se encuentran con cuerpos reales.

(634)

Pero aquí además se da cuenta de cómo el campo me afectó. Como etnógrafo y como investigador. Fuera del campo se disolvía una vez más otra frontera, la que divide al etnógrafo del individuo. Gracias a este mis radares raciales (Bonilla-Silva, 2012) se encendieron; y es que me sigo preguntando, si no hubiera hecho un trabajo como este ¿cuándo habría estallado semejante crisis? o ¿siquiera habría estallado?

El campo, además de mostrarme mi identidad étnico-racial, me propuso todas las preguntas que devienen de esta. Sin duda la que me costó más sacar de mi cabeza fue: ¿soy atractivo o exotizado? Esto me puso a considerar que es quizá la salud mental de los afrodescendientes de las más vulnerables y también de las más resilientes. No por esta pregunta, porque quizá muchas de mis preguntas se formulan desde el privilegio, el racismo estructural no me abofeteó tan fuerte a mí. Me refiero a preguntas que yo tal vez ni siquiera me tenga que hacer.

Según la evidencia etnográfica recogida en las sesiones del *Semillero de Estudios Afrodiaspórico*⁵², los y las psicólogas afro son de las profesionales con menores tasas de empleabilidad en Cali. Es decir, que los afrodescendientes somos ciudadanos con una salud mental vulnerable por las lógicas racistas a las que se nos expone a diario y, además, son los afrodescendientes profesionales en psicología los que menos trabajo tienen en la capital del Valle. Esos mismos profesionales, son quienes quizá tienen una sensibilidad racial más desarrollada por su propia experiencia. Aunque, de nuevo, esto no debería extrañar, finalmente ¿cuánta atención se le presta a la salud mental de los afrodescendientes?

⁵² Es un semillero de investigación liderado por el Centro de Estudios Afrodiaspórico (CEAF) de la Universidad Icesi.

Otra inquietud que nunca dejó de retumbar fue ¿por qué apenas ahora me entero de que no soy blanco? No voy a culpar únicamente a la academia, y además ya hay todo un capítulo que explica cómo se da la reciente emergencia de esta conciencia. Pero sí hay ser críticos con la academia. ¿Por qué yo nunca había considerado que mi condición étnico-racial iba a mediar en mis trabajos de campo?, ¿por qué no sabía de trabajos en donde esto se tomara en cuenta? Es igual que en mi crianza: se me educó como un etnógrafo blanco.

Sí que se traía a colación, cada vez que se requería, características propias de cada autor o autora: lugar de origen, coyunturas a lo largo de su vida y demás, pero fueron muy pocas las veces en que se reflexionaba sobre ella o él como sujeto racializado. No recuerdo haber leído una reflexión que girara en torno al color de piel de un etnógrafo no blanco.

Tuve que improvisar. Desde el racismo tuve que improvisar. Tuve que embadurnarme de ese racismo, aventajarme de él y luego alejarme del mismo. Tuve que usar el racismo como herramienta metodológica. Para: conseguir entrevistas, entrar a dark rooms cuando no podía pagarlos y recoger información mía que yo mismo no podía enunciar, que solo la podía explicar el otro. Ahora el *otro* blanco. En la metodología, encontré una manera de aprovechar de verdad ese racismo para, tal vez, pensar en cómo desmotarlo.

Quedaron muchas investigaciones latentes de las que ni los datos ni el tiempo me dejaron dar cuenta.

Curington et al. (2015) sugieren cómo puede estar emergiendo una nueva jerarquía racial que clasifique a los cuerpos frontera. Su investigación precisa en esto desde el contexto de citas online, teniendo en cuenta cuatro teorías: *white equivalence*, *hypodescent*, *multirracial in-betweenness* y lo que ellas llaman *multirracial divided effect* (764). La primera se refiere al

acceso al “*Whiteness*” que pueden tener algunos individuos, teniendo en cuenta cómo construyen sus identidad y las formas en que les validan; la segunda es un tipo de categorización racial en la que se le asigna un estatus inferior al individuo; *multirracial in-betweenness* es el intersticio, se trata de quitar y poner sistemáticamente privilegios sobre los individuos; y, finalmente, *multirracial divided effect* se refiere a la preferencia de un cuerpo frontera por encima de los demás. Desde estas teorías, podría examinarse cómo se están racializando a los individuos y así entender las formas en que se está gestionando el racismo en la contemporaneidad.

Con este precedente, también valdría la pena proponer estudios que exploren las maneras en que los individuos negocian sus interseccionalidades, especialmente cuando su categoría étnico-racial se ubica en ese intersticio que mencioné antes.

Finalmente, es además importante investigar sobre las formas de migración no tradicionales. En concreto la migración LGBT. La que va desde el privilegio, quienes pueden permitirse cambiar de país de residencia para vivir con libertad su sexualidad, hasta la que se pregunte sobre los refugiados por discriminación sexual. Este tipo de investigaciones, además de matizar en las razones para migrar o refugiarse, deberían ahondar en las formas en que se asumen los individuos post-migración. Es decir, qué actividades hacen y dejan de hacer, qué ademanes abandonan y cuales son adquiridos, y hasta sus cambios en la estética. Esto podría dar cuenta de la oferta que les da su nuevo país de residencia, pero además de la opresión en la que pudieran estar sumidos en sus países de origen.

Para terminar, es necesario ser crítico conmigo mismo. Narrarme siempre puso en tensión las formas en las que yo estaba reflejando mi identidad y desde dónde la estaba narrando. Aunque escribir sobre mí fue un ejercicio indispensable en esta investigación, resulta también necesario

puntualizar en Butler. La autora en *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad* (2009), teoriza alrededor de una serie de reflexiones sobre la subjetividad. No es mi intención aquí introducir sus reflexiones dentro de las mías, pero tampoco puedo obviarlas. Por esto traer a la autora es necesario para sugerir una visión crítica frente al «yo» que narro.

Es especialmente el capítulo *El «yo» y el «tú»*, en la obra mencionada antes, donde Butler (2009) explica la imposibilidad de no actuar performáticamente cuando se cuenta la historia del «yo». Es decir, que existe una ruptura en el ejercicio de narrarse a sí mismo porque “La única historia que el «yo» no puede contar es la de su propio surgimiento como «yo» que no solo habla, sino que llega a dar cuenta de sí mismo” se trata de lo “no narratizable en medio del relato” (Butler, 2009: 95).

¿Qué tanto no pude narrar entonces? Deben existir ciertos límites en mi escritura, en la forma en que doy cuenta de la configuración de mi identidad. Butler dice que el «yo» no se puede contar a sí mismo y entre más se cuente más irresponsable se es. Pero ¿acaso no fue lo que intenté hacer?, ¿qué tantos límites me salté?, ¿qué tan irresponsable fui mientras reflexionaba y escribía sobre mí? Pero, además ¿qué tan performático estoy siendo en la historia sobre mí como sujeto biracial, marica, etnógrafo y etnografiado?

Instigo a retomar mi narración desde una postura aún más crítica. Y me refiero a “aún más crítica” a propósito de lo que ya requiere los temas discutidos. Como dije, no pretendo ahondar con las reflexiones de Butler en el relato ya construido sobre mí, porque sin duda requerirían un capítulo o quizá una investigación diferente para pensar la narración de la interseccionalidad desde el «yo», pero es una preocupación y una advertencia latente que no puedo pasar por desapercibida. Nunca dejé de pensar ¿qué tan blanqueado sigue siendo el «yo» que narra?, ¿qué parte del «yo» que se narra se sigue exotizando?

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

- Anoop, N. (2006). *After race: Ethnography, race and post-race theory*. Ethnic and Racial Studies, 29:3, 411-430, DOI: 10.1080/01419870600597818
- Augé, M. (2008). *De los lugares a los nologares* En: *Los no lugares: espacios del anonimato: Una antropología de la sobremodernidad*. Gedinsa Editorial.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1998) *Internalización de la realidad; Internalización y estructura social*. En: *La construcción social de la realidad*. Argentina, Amorrortu Editores, 164 – 216.
- Blásquez, G. y Liarte, A (2018) *De salidas y derivas. Anthropological Groove y “la noche” como espacio etnográfico*. Íconos, Revista de Ciencias Sociales. Quito, Ecuador, (60) 193 – 216, DOI: 10.1080/01419870600597818

- Bonilla-Silva, E. (2012). *The invisible weight of whiteness: the racial grammar of everyday life in contemporary America*. Ethnic and Racial Studies, 35(2), 173 – 194, DOI: 10.1080/01419870.2011.613997
- Borsani, M. E. (2014) *Reconstrucciones metodológicas y/o metodologías a posteriori*. Astotrlabio (13), 146 – 168.
- Butler, J. (2009) *El «yo» y el «tú» En: Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. 1ra edición, Amorrortu, Colección Mutaciones. Buenos Aires, Argentina, 94 – 115.
- Burke, J., Wessler, C., Currie, B., Farrelly, P., Vallelonga, P. (productores) y Farrelly, P. (director). (2018). *Green Book* [Cinta cinematográfica]. Estados Unidos: DreamWorks Pictures.
- Cardozo-Cruz, M. y Ramírez-Pereira, M. (2015). *Los cuartos oscuros y los hombres que tienen sexo con hombre: haciendo visible lo invisible*. REVISTA DE SALUD PÚBLICA. 17(6): 886 – 898, DOI: 10.15446/rsap.v17n6.47006
- Curington, C., Ken-Hou, L. & Hickee, J. (2015) *Positioning Multiraciality in Cyberspace: Treatment of Multiracial daters in an Online Dating Website*. American Sociological Association 80(4) 764 – 788. DOI: 10.1177/0003122415591268.

- Díaz-Benítez, M. E. (2007). *Dark Room aqui: um ritual de escuridão e silêncio*. São Paulo, Brasil, Cadernos de campo (16), 93 – 112.
- Díaz-Benítez, M. E. (2013). *Algunos comentarios sobre prácticas sexuales y sus desafíos etnográficos*. Apuntes de investigación del CECYP (23), 13 – 33.
- Dunn, C., Wray, M. y Mancini D. (producción). (2013) *Hannibal* [serie de televisión]. Estados unidos: Gaumont International Television / NBC
- Fanon, F. (2009). *El negro y la psicopatología*, En: *Piel negras, máscaras blancas*. Ediciones Akal, S.A., 133 – 174.
- Gamson, J. & Moon, D. (2004). *The Sociology of Sexualities: Queer and Beyond*. Annual Review of Sociology 30, 47 – 64. DOI: 10.1146/annurev.soc.30.012703. 110522
- García, D. (2004). *Cruzando los umbrales del secreto: Acercamiento a una sociología de la sexualidad* (tesis de maestría). Universidad Nacional, Bogotá, Colombia
- Gómez, C. (24 de febrero de 2019). Green Book: el complejo del salvador blanco. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elspectador.com/>

- Grau-Muñoz, A., et al. (2015). *Cruising y e-citas: un nuevo contexto para los encuentros sexuales ente hombres jóvenes que tiene sexo con otros hombres*. Cad. Saúde Pública. Río de Janeiro, 31 (11), 2303 – 2312. DOI: 10.1590/0102-311X00000215
- Grindr [Grindr]. (2018, Octubre 2). *Grindr Users Talk About Transphobia | Kindr Ep. 3*. [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=vLrEtSd3ttE>
- Guasch, O. (1993). *Para una sociología de la sexualidad*. Barcelona, España, Revista española de investigaciones sociológicas. 64(93), 105 – 121.
- Guasch, O. (2008). *Los varones en perspectiva de género. Teorías y experiencias de discriminación*. Asparkía, 19, 29 – 38.
- Guasch, O. (1991). “*Ciencias normales*” e “*Instituciones y escenarios*”, En: *La Sociedad Rosa*. Anagrama, Barcelona. 11 – 46, 109 – 135.
- Gutmann, M. (1998). *Traficando con hombres: La antropología de la Masculinidad*. Revista de estudios de Género La ventana.
- Helquist, M. y Osmon, R. (2003). *Beyond the Baths: The other Sex Businesses*, Journal of Homosexuality, 44 (3/4), 177-201, DOI: 10.1300/J082v44n03_08

- Husbands, W., et al. (2013). *Black gay men as sexual subjects: race racialisation and the social relations of sex among Black gay men in Toronto*. Culture, Health & Sexualities, 15(4), 434 – 449, DOI: 10.1080/13691058.2012.763186
- Lane, N. (2016). *Bringing Flesh to Theory: Ethnography, Black Queer Theory and Studying Black Sexualities*. Feminist Studies 42(3), 632 – 648.
- Langarita, J. A. (2015). *En tu árbol o en el mío, Una aproximación etnográfica a la práctica del sexo anónimo entre hombres*. Barcelona, España, Edición Bellaterra.
- Langarita, J. A. (2017). *On sex in fieldwork: Notes on the methodology involved in the ethnographic study of anonymous sex*. Sexualities, 0(0) 1 – 15, DOI: 10.1177/1363460717716581
- Langarita, J. A. (2013). *Sexo sin palabras. La función del silencio en el intercambio sexual anónimo entre hombres*. Revista de Antropología Social, 22, 313 – 333, DOI: 10.5209/rev_RASO.2013.v22.43193
- Ledda, E. (2011, Abril 26). *Entrevista con Oscar Guasch – “Ser macho mata”*. Recuperado de <https://www.pikaramagazine.com>
- Loftsdóttir, K. (2018). *Global citizens, exotic others, and unwanted migrants: mobilities in Europe*. Identities, 25(3), 302 – 329, DOI: 10.1080/1070289X.2016.1233879

- Maffesoli, M. (1987). *La Hipótesis de la Centralidad Subterránea*. Traducción de Faustino Fernández Inclán. Madrid, España, Tomado de: Revista de Occidente (73).
- Pulver, A. (10 de Enero de 2019). Green Book film-makers in line of fire as sexual and religious controversies emerge. *The Guardian*. Recuperado de: <https://www.theguardian.com>
- Reece, M. & Dodge B. (2008) *Exploring the Physical, Mental and Social Well-Being of Gay and Bisexual Men who Cruise for Sex on a College Campus*. Journal of Homosexuality, 46(1/2), 111 – 136, DOI: 10.1300/J082v46n01_03
- Sáez, J. y Carrascosa, S. (2014). *Por el culo. Políticas anales*, Tercera edición, Barcelona y Madrid, España, Egales.
- Sevilla, E. y Salazar, A. (1997). *De las Relaciones Íntimas: El Caso de los Lugares Gay de la Ciudad de Cali*. Boletín Económico (30). Universidad del Valle.
- Suárez-Krabbe, J. (2011). *En la realidad. Hacia metodologías de investigación decoloniales*. Tabula Rasa. Bogotá, Colombia, (14), 183 – 204
- The Economist. (2017). *The world's most dangerous cities*. Recuperado de <https://www.economist.com>

- The Economist Intelligence Unit. (2017). *SAFE CITIES INDEX 2017: Security in a rapidly urbanising world*. Recuperado de <https://perspectives.eiu.com>
- Vergara-Figueroa, A., (Marzo de 2019). “¿Lo suficientemente negro? ¿Para qué?”. En M. Ariza (presidencia), *Colonialidad Exótica, Racismo Encarnado*. Conversatorio llevado a cabo en el Centro Cultural Colombo Americano, Cali, Colombia.
- Visit Gay Barcelona. (2019). *LGBT Barcelona, the official gay map*. Barcelona, España. Recuperado de <http://visitgaybarcelona.com>